

SECRETARIA DE ESTADO DE CULTURA Y EDUCACION
SUBSECRETARIA DE CULTURA
DIRECCION NACIONAL DE INSTITUTOS DE INVESTIGACIONES

CUADERNOS

**DEL INSTITUTO NACIONAL
DE ANTROPOLOGIA**

6

BUENOS AIRES
REPUBLICA ARGENTINA
1966 · 1967

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

Sánchez de Bustamante 2663

Tel. 83-7509 — Buenos Aires

República Argentina

CUADERNOS
DEL INSTITUTO NACIONAL
DE ANTROPOLOGIA

DIRECTOR: JULIAN CACERES FREYRE

**Los autores son responsables de las ideas
expuestas en sus respectivos trabajos.**

SECRETARIA DE ESTADO DE CULTURA Y EDUCACION
SUBSECRETARIA DE CULTURA
DIRECCION NACIONAL DE INSTITUTOS DE INVESTIGACIONES

CUADERNOS

DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

6

BUENOS AIRES
REPUBLICA ARGENTINA
1966 - 1967

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

Director

JULIAN OACERES FREYRE

Secretaria

SUSANA CHERTUDI

Jefe de Sección

RICARDO L. J. NARDI

Investigadores

OLGA FERNANDEZ LATOUR de BOTAS
GUILLERMO PERKINS HIDALGO

Bibliotecaria

ANGELICA L. BIANCHI de PEREZ ALMADA

Habilitada

ZULIMA INES MATEU

Encargado de Personal

ROBERTO LUIS ACUÑA

Auxiliar

MARIA ROSA BAGUES

Adscriptos honorarios

HORACIO JORGE BECOO — AUGUSTO RAUL CORTAZAR
JORGE M. FURT — HECTOR GRESLEBIN — MANUEL GOMEZ CARRILLO
BRUNO C. JACOVELLA — ANTONIO PAGES LARRAYA

CONTRIBUCIONES A LA ARQUEOLOGIA DE SAN JUAN

RICARDO L. J. NARDI

Alberto Rex González, autor de importantes trabajos sobre la arqueología del Noroeste, ha publicado recientemente un extenso artículo titulado *Una excepcional pieza de mosaico del N. O. argentino* (En: *Etnia*, Nº 6, julio a diciembre de 1967. Olavarría, Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce". Pp. 1-28, 8 figs).

Su primera parte, denominada *El escudo ceremonial*, está dedicada al estudio de una pieza única de la arqueología argentina. Se trata de un ejemplar clasificado presuntamente como escudo ceremonial. Dicha pieza fue publicada con poca anterioridad por Dick Edgar Ibarra Grasso (*Argentina indígena & prehistoria americana*. Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, 1967; fotos en p. 84 y 85) y considerada como una insignia.

Este espécimen forma parte de las colecciones de Agustín Gnecco incorporadas al Museo Colonial e Histórico de Luján (provincia de Buenos Aires).

Según informaciones de Anavadro Gnecco, hijo del coleccionista, la pieza fue hallada en la tambería de Angualasto (provincia de San Juan) en 1920; formaba parte del ajuar funerario de una "momia" descubierta en una sepultura localizada en una barranca y cuya boca se hallaba cerrada con palos "a modo de estacas".

El cadáver tenía el cráneo deformado, poseía restos de prendas tejidas adheridos a la piel y apoyaba su dorso sobre una manta doblada. Con la mano derecha empuñaba el "escudo" y con la izquierda una manopla de metal. Además, también según información de Anavadro Gnecco, habrían formado parte del ajuar: uno o más pectorales de oro; una cesta de paja que cubría la cara y parte del cuerpo; una cestita de paja con decoración de paja teñida y lana; un pequeño vaso de alfarería, sin asas ni decoración pintada; una valva, quizás de *Pecten*; una cuenta de valva de molusco; un tubo de madera con tallas antropomorfas y zoomorfas, una incrustación de piedra y, en su interior, un haz de espinas; un tubo de hueso con talla geométrica que contenía varias espinas de cactus (ambos tubos los tenía el cadáver en su mano izquierda, junto con la manopla); un tupu de hueso con representaciones zoomorfas en ambas caras; una bolsita de cuero; dos puntas de flecha; una piedra más o menos circular con perforación central y "plaquitas verdes en sus caras"; dos tubos naturales de piedra (uno con señales de agrandamiento intencional interno y el otro, al parecer, con la superficie exterior alisada); un "cordel plano con dos mitades tejidas de diferentes colores lo mismo que el nudo"; un trozo de manta con decoración polícroma zoomórfica y de cruces; restos

de otra posible manta, más fina, de tres piezas cosidas, con bandas de distinto color.

El "escudo" se halla en excepcional estado de conservación. Está hecho de una pieza enteriza de madera, probablemente algarrobo, en forma de dos trapecios unidos por sus bases menores (en forma de "doble-hacha" dice Ibarra Grasso).

Su cara anterior se halla decorada con un mosaico de cuentas de malaquita y turquesa que sirve de fondo a un triángulo rematado en una espiral provista de cuatro prolongaciones centrífugas triangulares, hecho con placas de feldespató rojo (esta espiral nos recuerda por su forma al adorno de que están provistas algunas hachas de bronce halladas en San Juan y La Rioja). González contó 3.150 cuentas pero calcula que en el momento del hallazgo habrían sido 3.811 (Ibarra Grasso, en coincidencia, calcula unas 3.800 "cuentas de malaquita"). Dichas cuentas son en su mayoría cilíndricas; están provistas de una perforación axial y se hallan adheridas a la madera, que fue ligeramente excavada salvo en una franja marginal, mediante una resina de color pardo oscuro o negro.

Su cara posterior posee una empuñadura que recuerda a las manoplas del Noroeste y Chile. También se halla decorada con una serie de tallas en bajo relieve con representaciones cefalomórficas de difícil interpretación (¿antropomórficas, ofidiomórficas o mastozoomórficas?) y presuntos cuerpos ofídicos. Los ojos poseen incrustaciones de cuentas de concha.

No concordamos con el autor en cuanto a la gran similitud que halla entre algunas de estas caras talladas y las representaciones que figuran en otros objetos del Noroeste; la semejanza es sólo con algún rasgo aislado (mientras que es mayor el número de diferencias).

González considera evidente una relación estrecha entre el mosaico, la incrustación y la aplicación de lentejuelas. Por ello, se ocupa de piezas arqueológicas de piedra o madera del Noroeste argentino incrustadas o presuntamente incrustadas.

Según González, la única pieza de verdadero mosaico de nuestro Noroeste es aludida por Lafone Quevedo; se trataría de un loro de mosaico de cuentas de malaquita incrustadas sobre un "alma de palo" (expresión en correcto español que le parece extraña a González).

También echa una rápida ojeada a la incrustación y el poco frecuente mosaico de la Puna de Atacama y el Perú, señalando su presencia ya en el horizonte Chavín, su perduración hasta el horizonte Inca y destacando la gran influencia de la cultura Tiahuanaco en su difusión. En la misma forma, revisa rápidamente la presencia de la incrustación y el mosaico en Centroamérica y en Norteamérica.

Como conclusión, afirma que el "escudo" de Angualasto está relacionado con la técnica de la incrustación y "aún del mosaico", difundida en el área andina meridional en el período medio y subsistente hasta el período Inca.

González aborda el problema de la ubicación cronológica y cultural de la pieza en cuestión. Afirma que la tambería de Angualasto fue ocupada desde el período temprano al Inca, lo cual se comprueba por los hallazgos de ties-

tos de diversos estilos; sin embargo, la principal ocupación "parece corresponder" a la cultura Angualasto o Angualasto-Inca.

González no puede examinar los objetos asociados con el "escudo" pero considera muy importante la presencia de una manopla (o, posiblemente, tensor para cuerda de arco, según su interpretación) de metal; este tipo de artefacto, de acuerdo con sus investigaciones, sería propio del período tardío.

Las cestas adornadas con lana dice González (citando a Métraux 1929) que persistieron hasta épocas históricas entre los nativos de Guanacache. Una de las cestas que formaban parte del ajuar funerario de la sepultura citada de Angualasto tenía adornos de lana pero se ignora el tipo de los mismos. Recordaremos que la "momia" de El Colorado (Vignati 1934) tenía en su ajuar dos cestas de técnica espiral con adornos de algunas mechas de lana roja (este hallazgo se puede ubicar en el período tardío, cultura Angualasto). En un cementerio de Huanchín (Catamarca) se halló una cesta de técnica espiral adornada con figura polícromas de lana (Alanís 1947), lo mismo que alfarería de estilo Belén y Angualasto (período tardío). Por nuestra parte, conocemos cestería actual de técnica espiral con adornos efectuados ya sea con motas de lana de color o con los hilos de lana que cosen las adujas, procedente de La Rioja (departamentos Gral. Lamadrid, Gral. Lavalle, Gral. Angel V. Peñaloza) y San Juan (departamento Iglesia). No sería raro que también sobreviviera en otras provincias, como Catamarca y Tucumán.

Recuerda González que la técnica del mosaico sólo fue documentada en otro hallazgo del Noroeste descrito por Lafone Quevedo (1891 y 1892), asociado a una urna, al parecer de estilo Angualasto, y a "material incaico o de influencia incaica". La incrustación simple, en cambio, habría comenzado en el período medio y continuado en el tardío y el Inca.

El autor dice que el mosaico de plumas o de lana coloreada sobre canastería persistió en la región llana de Cuyo hasta nuestros días. Nosotros no conocemos el empleo de decoración de plumas en la cestería cuyana (sabemos del hallazgo en Pachimoco de un adorno de plumas en forma de capacete, pero no conocemos su técnica). Por lo demás, no estamos de acuerdo con la expresión "mosaico de lana" ya que no existe ninguna relación técnica entre el mosaico y la decoración de la cestería.

Coincidimos con González en que el ajuar asociado al "escudo" de Angualasto (no sólo la manopla, sino también su vinculación con el tubo de madera tallado que contenía espinas y la cesta con adornos de lana) indica su ubicación en el período Angualasto o, quizás, Angualasto-Inca.

Ibarra Grasso, en cambio, opina que correspondería a la cultura Condorhuasi o a una derivación de ella.

Acerca de la función de esta pieza, González piensa que no pudo ser un objeto utilitario sino ceremonial. El autor recuerda el escudo del Inca, si bien éste poseía distinta forma, pero destaca que la tumba de Angualasto era más de tipo local que la correspondiente a un personaje de jerarquía imperial; además, no se halló en ella la típica cerámica incaica.

Asimismo, en el ajuar existían otros objetos ceremoniales, como los tubos de madera, hueso y piedra. Es conocido el empleo de tubos para la inhalación de alucinógenos. Según González, el uso de alucinógenos está íntimamente re-

lacionado con los cráneos-trofeos y los sacrificios del culto felínico. Ahora bien, la mayor difusión de las tabletas de madera para alucinógenos ocurre en los períodos medio y tardío y el culto del cráneo-trofeo persistió en la cultura Angualasto, como lo muestra el hallazgo de Cigliano (1965) en Barranca Larga (Catamarca). Por todo ello, el autor piensa que el supuesto escudo podría haber formado parte de la parafernalia de un ceremonial con uso de alucinógenos.

Un hecho que debe aclararse es si el portador de dicha pieza pertenecía al sexo femenino, como afirma Gnecco.

La segunda parte, titulada *Arqueología de San Juan*, es la más importante. Tiene como finalidad la revisión o síntesis de la secuencia cultural "de la zona del hallazgo y del área sanjuanina" para la ubicación de la pieza estudiada en la primera parte. Por ello, le dedicamos comentarios más detenidos.

El autor la califica de varias formas: "más que un cuadro cronológico, es [...] parte de un esbozo hecho hace algún tiempo", cuando había decidido realizar algunas búsquedas en la provincia de San Juan; "más que una conclusión es una hipótesis de trabajo", es "un plan sistemático" para las búsquedas.

A sus "esbozos originales" González agregó las importantes contribuciones de quienes hoy están trabajando en aquella área y logró una "secuencia tentativa".

El autor comienza recordando que la provincia de San Juan, junto con la de Mendoza, marca el límite meridional de las culturas agroalfareras precolombinas de los Andes meridionales. Por lo tanto, debe tener los caracteres de una zona marginal, con mezcla de elementos procedentes de diversas culturas de otras áreas o transformación de los mismos; además, debió ser una zona de perduración de elementos más antiguos de las áreas vecinas de más al norte.

El estudio de los contextos y la secuencia relativa comienza con el *pre-cerámico*. González cita un "horizonte" más antiguo de utensilios hechos con guijarros de basalto rojizo o metacuarcita verdosa, desbastados por percusión grosera. Siguiendo a Menghin, nosotros hablaremos de un *Epiprotolítico* (o Paleolítico inferior retrasado). Ya había sido mencionado por Schobinger (1962) el yacimiento de Punta del Agua, que fue revisitado por Berberían, Calandra y Sacchero (1966), quienes también citan otro en Pampa de Panacán. El hecho de aparecer el material en las terrazas de 50 m del río Gualcamayo y no estar asociado con utensilios de tipo miolítico o neolítico creemos que basta para desechar las dudas metódicas de González acerca de la existencia de este período en San Juan.

Debemos recordar que Rubén O. Alá (1966) se ha referido a la presencia de montículos de rodados en las terrazas de fines del Pleistoceno asociados a una industria epiprotolítica, y que uno de dichos yacimientos se halla en Barrealito (San Juan).

El siguiente estadio, que llamaremos *Epimiolítico* (o Paleolítico superior retrasado), se halla en la cueva de El Peñoncito (Berberían, Calandra y Sacchero 1966). La "etapa" *El Peñoncito I* de González, representada en las capas 8 a 16 del citado yacimiento (de 1.40 a 3.20 m de profundidad), se caracteriza por puntas lanceoladas de basalto correspondientes al horizonte Ayam-

pitín (e Intihuasi I [sic] escribe González), fechado en la gruta de Intihuasi en el 6.000 A.C. aunque el autor cree posible que aquí sea algo más tardío. Estas puntas se hallan asociadas a huesos de *Lama guanicoe*, *Lagidium* y *Ctenomys*.

La "etapa" *El Peñoncito II* se descubrió en las capas 6 y 7 (de 1 a 1.40 m de profundidad); quizás es bastante tardía. En ella predominan las puntas triangulares pequeñas de base cóncava o recta y lados convexos, pero también se presentan las lanceoladas. Se halla menor cantidad de huesos que en los niveles inferiores, con predominio de *Lama guanicoe*, *Lagidium* y *Microcavia*.

Schobinger ha dado noticias de varios otros yacimientos precerámicos sanjuaninos pero sin aclaración acerca de la tipología del material ni su posible cronología.

No se sabe si a este estadio le siguió uno de agricultura incipiente aunque, dice González, algunos indicios podrían indicar su presencia en San Juan. Por otra parte, señala las condiciones ideales de esta provincia para la investigación debido a la preservación de restos vegetales "perescibles" (sic).

Las culturas *agro-alfareras* están representadas ya en el *período temprano* con la llamada por González *cultura Calingasta*.

El sitio tipo de donde toma la denominación se halla en Calingasta y fue explorado por Debenedetti. Aclara González que ya este autor (1917) había sospechado la mayor antigüedad de los restos excavados en dicha localidad y que él compartía totalmente tal punto de vista. Sin embargo, en sus anteriores ensayos de cronología del Noroeste vemos que no ha dejado traslucir tal sospecha a pesar de haber destinado una columna de sus cuadros a la secuencia cultural de La Rioja y San Juan; prefirió, sin duda, esperar prudentemente a tener una estratigrafía (la de Berberían, Calandra y Sacchero) y un fechado radiocarbónico de una muestra asociada a cerámica del estilo Calingasta inciso de Bennett, aunque piensa que aún no es una prueba definitiva de su antigüedad.

Bennett (1948) ya había considerado como un probable estilo distinto de la sección sud del Noroeste a su *Calingasta inciso*, fundado en los hallazgos de Debenedetti. Lo caracterizó como una cerámica gris decorada con finas incisiones que formaban líneas paralelas y cheurones superpuestos; en cuanto a las formas, citó vasos, pucos de boca constreñida y vasos globulares de boca ancha. Este estudioso lo creyó posiblemente relacionado con su estilo Huiliche monocromo y en relación remota con los tiestos grises estriados que halló Bruch en Tuscumayo (Catamarca), pero dijo que no había evidencias para su ubicación cronológica; era probable que se situara en el período medio, pero en su cuadro de la sección sud cabalga entre los períodos temprano y medio (culturas Barreales y Belén, respectivamente); en cambio, en el cuadro general del Noroeste figura en la cultura Belén (período medio).

Debemos recordar que Iribarren Charlin (1958) propuso una cronología provisoria para San Juan en la cual figura, entre las culturas formativas, la *fase cultural de Pachimoco*, con una alfarería tosca provista de decoraciones "incisas grabadas" con motivos geométricos simples que se repiten, entre ellos el cheurón. Dijo que textura y técnica no recordaban a la alfarería más perfeccionada denominada Ciénaga, Barreales o Huiliche. Opinó que aquella fa-

se cultural estaba emparentada con la cultura de Agrelo y la fase Bislín de la Chaco-santiagueña. En 1952 ya se había referido este autor a tiosos de Pachimoco con decoración de cheurones (“espina de pescado”). Serrano (1958) incluyó el Calingasta inciso de Bennett en la cerámica de la cultura de Agrelo y Canals Frau (1959) dijo que el yacimiento de Calingasta estudiado por Debenedetti pertenecía a su *cultura de Agrelo* (formativa). González, en oposición, cree “que se trata de dos cosas distintas en su patrimonio y que conviene mantenerlas separadas”. Schobinger (1965) habla de una fase emparentada con La Ciénaga que posee cerámica gris grabada.

En El Peñoncito, según González, la cultura Calingasta debe corresponder al “nivel cultural III” (primer nivel agro-alfarero), capas 4 y 5 (de 60 a 80 cm de profundidad).

El sitio que González considera clave se halla “a pocos kilómetros al N. de Iglesia”, a los lados de un zanjón que no posee nombre local, por lo cual adopta la denominación *Volpianski*, apellido de la persona que le suministró la información necesaria para hallarlo. Es una lástima que no pueda ubicarlo con mayor precisión, más, teniendo en cuenta las meticulosas directivas que el propio González propuso en su modelo de fichaje para las muestras sometidas a fechados arqueológicos (1960). Por supuesto, es difícil que un zanjón posea nombre en un área donde las torrenteras y la remodelación del terreno son un fenómeno regular, pero habría sido recomendable el cálculo de distancias desde puntos de referencia fácilmente ubicables o una mayor precisión toponímica. Sin duda, “Volpianski” se halla en la franja localizada entre el arroyo Iglesia (al E) y las lomas que se extienden hacia el N. de Maypirinqui (al O.), entre Iglesia y Las Flores. A 500 m al S. de la huella que se desprende de la ruta provincial 10 en dirección a Zonda, entre Iglesia y Campanario, se halla un gran zanjón que hizo necesario construir una alcantarilla en la ruta. Hay otro algo menor a unos 2 km al N., ya en pleno Campanario. Probablemente alguno de estos sea el famoso “Volpianski”. Consideramos que esta denominación, así como todas las referentes a personas vivas que no sean exponente de una toponimia local, deben rechazarse. Nosotros preferimos la denominación Campanario o Iglesia.

El contexto de la “etapa básica” o *Calingasta II* que elabora González deriva fundamentalmente del contenido de tumbas excavadas por Debenedetti (especialmente sus hallazgos II y VI de Calingasta). Comprende:

Utilización de grutas, en parte artificiales (?), como habitación y sepultura; viviendas de caña y tierra apelmazada; círculos de piedra en el suelo; inhumaciones en tumbas colectivas de planta elíptica sin vestigios exteriores y excavadas directamente; cadáveres colocados en angarillas de troncos y juncos, sujetos por cordones de lana; cadáveres envueltos en ponchos y mantas; uso de la túnica (uncu), del poncho, de la manteleta o mantellina, de la vincha de hilos retorcidos; técnica textoria de la sustitución e inserción de hilos, de la faz de urdimbre; uso de lana de llama, alpaca y guanaco; uso de colores naturales con tonos variados de café y blanco (?) o teñidos de rojo y negro; cestería (en espiral (?)); ajuar funerario muy pobre, sin alfarería o con una o dos piezas; varios tipos de alfarería: 1) tosea con “degrasante” de arena, 2) roja lisa, pintada o engobada, 3) gris incisa (Calingasta inciso),

con motivo decorativo más característico espigado o en "espinas de pescado"; formas cerámicas más comunes: jarro troncocónico, jarro globular simple, jarro con cuello cilíndrico, vasos de perfil compuesto; morteros o recipientes votivos de piedra tallados; tembetá circular chato con aletas y en forma de clavo (provisional); conanas y sus manos; tubos o boquillas de hueso; collares de disco de concha; calabazas. De otra procedencia inclusive: manos de piedra esculpidas, a veces con imágenes dobles, otras con motivos más ó menos fálicos; recipientes de piedra para alucinógenos; pipas de piedra (provisional). Dice González que en El Peñoncito, "en lo que puede ser este nivel", Berberrián, Calandra y Sacchero hallaron: cuchillos de pizarra; puntas de proyectil triangulares isósceles pequeñas, de base convexa y bordes rectos o convexos, o de base cóncava y bordes rectos; restos de calabazas; frutos de chañar; conanas y manos. González no aclara que este material se halló asociado a alfarería tosca y cerámica gris incisa.

El yacimiento "Volpianski" brindó en una barranca un nivel de ocupación a 1.80 m de profundidad. Al parecer, no hubo excavación propiamente dicha sino recolección en la pared de la barranca. Por otra parte, de la interpretación estricta del texto surge que en algunas partes del nivel profundo había remoción.

Los únicos hallazgos que cita González procedentes de este yacimiento son: cerámica tosca con "degrasante" de arena; cerámica gris con decoración incisa espigada; tiestos lisos pintados de rojo; carbón vegetal. Además, recogió huesos de camélidos (¿en la superficie o en el nivel profundo?). Como se ve, el contexto de El Peñoncito es más rico que el obtenido en "Volpianski". El análisis de C 14 dio dos fechados: 1465 \pm 80 años y 1550 \pm 60 años (más exacto), lo cual da una fecha de ocupación entre 356 y 476 D.C.

Sobre la superficie de la barranca, en un radio de más de 100 m abundaban los tiestos de estilo Angualasto y existían algunos de la cultura de La Aguada. "Estos tipos no se hallaban sin embargo asociados a la cerámica que aparecía en el nivel profundo de la barranca". En el fondo de una torrentera cercana González recogió tiestos La Ciénaga.

Dice el autor que tal vez habría que incluir en el patrimonio de la cultura Calingasta el hacha con cuello de piedra pulida y las calabazas pirograbadas. La economía, agrega, debió estar basada en la agricultura, la cría de llamas y la recolección. El maíz debió ser la planta principal; además, en las grutas de Calingasta se hallaron calabazas.

En cuanto a la difusión de esta cultura, señala la aparición de sus restos también en otros lugares, como Angualasto y Pachimoco.

La cultura Calingasta, dice González, debió haber durado un largo período y tenido varias "etapas" o "facies". Propone un *Calingasta I* (200(?) — 400 D.C.), quizás más sencillo en sus componentes, durante el cual se habrían ejercido las primeras influencias del tipo Tafi-Alamito (no puntualizadas específicamente por el autor). Luego vendría un *Calingasta II* (400-750 D.C.) cuyo contexto se ha expuesto más arriba, durante el cual se habrían sentido las "influencias Ciénaga más tardías", que no parecen haber sido demasiado grandes. Aclara González que no hay un yacimiento que muestre la utilización

en gran escala de los "típicos motivos decorativos incisos propios de la alfarería de la cultura de la Ciénaga", salvo el motivo espigado.

En una etapa posterior, ya en el *período medio*, habrían llegado las influencias Aguada o habría tenido lugar un intercambio con dicha cultura; sería el *Calingasta III* (750-1000 D.C.).

González señala la presencia "al parecer intrusiva" de tiestos de las culturas Condorhuasi, Ciénaga y Aguada; más adelante dice "elementos de posible filiación Tafi, Condorhuasi y Ciénaga".

Los rasgos Tafi no se detallan. Tiestos Condorhuasi se hallaron en Angualasto: grises, con "registros" punteados que forman guardas de triángulos. Alfarería Ciénaga se halla en algunos sitios; González la cita en "Volpianski". En cuanto a los rasgos culturales Aguada, los trataremos más adelante al analizar el período medio.

González también se ocupa de la aparición de algunos elementos que integran su contexto Calingasta en otras áreas del Noroeste y en los Valles Transversales de Chile.

Luego de la estratigrafía de El Peñoncito podemos decir que no queda ninguna duda de que la cerámica "tipo Calingasta inciso" y los elementos a ella asociados representan un nivel cultural más antiguo que el Angualasto; ya hemos visto que ello había sido sostenido con anterioridad por varios autores.

Creemos que debemos volver sobre varias afirmaciones de González con las cuales no estamos totalmente de acuerdo; en algunos casos se trata de aclaraciones de orden bibliográfico; otras veces nos basamos en nuestro conocimiento personal de los valles sanjuaninos situados entre la Precordillera y la Cordillera, donde hemos realizado estudios antropológicos de campo en los años 1958, 1959, 1960, 1966 y 1968.

Según Debenedetti (1917) en ningún caso las grutas de Calingasta sirvieron como vivienda o refugio; las características de El Peñoncito las conocemos sólo por breves informes preliminares. De cualquier forma el empleo de grutas como habitación podría tener solamente un carácter regional o ser un indicador cronológico. La asociación de los círculos de piedras no nos parece clara con la actual evidencia. Por otra parte, el círculo el círculo de piedras a que se refiere Debenedetti no se hallaba en la cercanía de las grutas; estaba a 4 ó 5 km de las más próximas corrientes de agua, mientras las grutas se hallan en las lomas que costean al río de los Patos y al arroyo Calingasta. Según Debenedetti no sólo hay inhumaciones colectivas sino también individuales. El cuerpo desecado de la gruta II no estaba envuelto en mantas sino que tenía en la cabeza una manteleta de 70 x 70 cm. Algunos datos sobre la funebria que no se citan son: troncos verticales que tapan la boca de acceso a las grutas funerarias, posición del cadáver en decúbito lateral izquierdo con miembros flexionados, inhumación de adultos superpuestos y separados entre sí por una capa espesa de pajas y totoras tejidas.

Una omisión interesante es el tipo de *alfarería roja incisa*, representada en Calingasta por un "yuro" rojo, con lustre, de boca estrecha, cuerpo subglobular con decoración incisa de líneas paralelas y cheurones en cinco fajas longitudinales. Es curioso que tampoco Bennett incluyó este tipo en su Calin-

gasta inciso a pesar de haber reproducido la ilustración correspondiente (ver su fig. 19, I). Debenedetti también cita un fondo de olla *negra tosca*.

González incluye un tipo rojo liso, pintado o engobado; Debenedetti no lo cita; el propio González halló en "Volpianski" tientos lisos pintados de rojo: quedamos en la duda de si se halló cerámica roja engobada.

En cuanto a las forma más comunes de la cerámica, González incluye tres clases de "jarros". Ello es un error de cierta importancia pues los jarros (por lo menos en la acepción que tiene la voz *jarro* en español culto) poseen como rasgo esencial una sola asa. Pues bien, de las seis piezas citadas por Debenedetti una es un "olla" o "urnita" con dos asas y el resto carece de asas. Creemos que el empleo de la voz jarro por el autor debe ser una mala adaptación del inglés *jar*. No podemos afirmar que no hayan existido jarros en la cultura Calingasta pero creemos que hasta ahora no se han descubierto.

La iniciación de la talla de piedra evolucionada en San Juan nos inclinamos a colocarla a fines de período temprano o a comienzos del medio; los motivos felínicos creemos que podrían incluso deberse a la expansión del culto que tuvo su *clímax* con la cultura Aguada.

Estamos de acuerdo con González —muchos de los argumentos para ello proceden de sus investigaciones— en colocar en el patrimonio de la cultura Calingasta los recipientes para alucinógenos, el tembetá, las pipas de piedra. Nosotros agregaríamos los hornos semisubterráneos (Erdofen), los entierros envueltos en barro, quizás las pulseras de metal arqueadas (una "momia" de Calingasta citada por Ambrosetti, 1904, llevaba una) y posiblemente los "jarritos" de piedra (uno fue publicado por Iribarren Charlin 1952).

Dice el autor que varios de los elementos que integran esta cultura pueden haber perdurado hasta períodos posttempranos, como las tallas figurativas en piedra, el tembetá, las pipas de piedra y el hacha de piedra con cuello; las técnicas textorias evidentemente han perdurado. Se puede agrandar la lista con las inhumaciones en cuevas, el cierre de la boca de acceso a las cámaras sepulcrales mediante troncos verticales, la posición del cadáver en decúbito lateral con flexión de las extremidades, la inhumación colectiva en fosas elípticas, los collares con cuentas de concha, las boquillas de hueso, las calabazas pirograbadas, los hornos de tierra y las pulseras de metal arqueadas. Por lo contrario, algunos elementos son más antiguos que ella, como las conanas y sus manos, conocidas ya por los cazadores superiores.

En los cinco viajes que hemos hecho hasta el momento al área de Iglesia exploramos varios yacimientos; entre ellos se halla una larga franja de casi tres kilómetros de longitud que costea a Campanario (en la cual probablemente se encuentra "Volpianski"); también nos interesa aquí material de Sorocayense e Hilario (departamento Calingasta). Hemos recogido en superficie más de 200 tientos que responden al estilo Calingasta inciso por lo cual nos creemos autorizados a resumir sus características. La superficie exterior es gris u ocre, pero también puede ser negra, ocre rojiza, rojiza o crema. La superficie interior generalmente es de igual color que la exterior pero también se halla exterior gris con interior negro u ocre, exterior ocre rojizo con interior ocre grisáceo, exterior ocre rojizo con interior negro, exterior crema con interior gris negruzco. La pasta es predominantemente gris (de varios matices);

en los tiestos ocre y ocre rojizos suele ser ocre rojiza en su parte externa y ocre grisácea en la interna; en los rojizos es rojiza con el centro grisáceo. La superficie es alisada, mate o —a veces— brillante. La textura de la superficie de fractura generalmente no es homogénea; predomina el grano grueso y mediano, aunque se pueden ver pequeñas áreas de grano fino e incluso algún grano de antiplástico muy grueso. La decoración consiste en incisiones que van desde un surco capilar a uno de 3 mm de ancho. El espesor varía de 3 a 11 mm.

Dice González que el motivo decorativo más característico de la cerámica gris incisa es el “espigado o en espina de pescado”. El vaso gris de Debenedetti (fig. 40) y el yuro rojo (fig. 41), ambos de Calingasta, poseen decoración como la que se ha denominado “espina de pescado”; el tiesto gris del campo de las Anevuñas (fig. 19) es muy pequeño para apreciar el patrón decorativo; nada se puede decir de la decoración de dos ollitas negras con incisión geométrica halladas en Niquivil (p. 163).

El estudio de los tiestos recogidos personalmente nos muestra que la unidad estructural prototípica del decorado consiste en series de cortos surcos paralelos que se combinan con otras series de distinta dirección para esbozar zig zags, líneas quebradas y escalonadas; una de tales combinaciones es la “espina de pescado”, pero es rara. En la zona en que cambia la dirección el entrecruzamiento es mínimo o no existe. Otro motivo consiste en haces de finos surcos más largos que bajan desde el borde. Todos los tiestos con una porción del borde de un vaso de este estilo muestran decoración junto a él. En algunos tiestos con parte de cuello y cuerpo se ve que la parte cervical posee incisiones y el cuerpo carece de ellas.

Un solo tiesto ocre tenía decoración incisa de líneas onduladas. Un solo tiesto poseía engobe brillante ocre rojizo y decoración “típica” en zig zags muy regulares (probablemente sea más tardío que la cerámica gris sin engobe; asimismo la cerámica rojiza podría ser de aparición posterior a la gris). Dos tiestos poseían un asa mamelonada; uno, restos de implantación de un asa arciforme vertical; un tiesto del sud de Hilario tenía una pequeña aplicación vertical en forma de vulva.

Sin duda, las futuras investigaciones mostrarán la existencia de otros tipos cerámicos dentro de esta cultura. En Campanario hallamos un pequeño tiesto de 4 mm de espesor con una parte provista de líneas de puntos grabados; la cara exterior estaba pintada de un color borra de vino claro, la interior era ocre y la pasta ocre grisácea. Debenedetti había hallado tiestos con decoración de puntos alineados en el área de Barreal. Schobinger en 1964 recogió en Punta del Barro (un poco más de 3 km al N. de Angualasto) cerámica con grabados lineales y puntiformes. Además, en Angualasto hallamos tiestos ocre con pasta de grano mediano a grueso, de superficie alisada, con decoración de impresiones de tubos de 4-5 mm de diámetro e Iribarren Charlin (1952) también cita círculos grabados en tiestos de Pachimoco. Probablemente todos sean tipos tempranos. Recordamos, al pasar, que en el valle de Zonda se halló una interesante cerámica ocre con impresiones rítmicas, impresión de tubos y tubos con muescas, y aplicaciones de espigas que parecería estar relacionada con alfarería de Mendoza (Colección Ricardo A. Faltis).

González cita como lugares de difusión de la cultura Calingasta, además

de Calingasta, Angualasto, Pachimoco, "Volpianski" y El Peñoncito. Sacchero (1967) parece citarla en el valle de Zonda. Nosotros podemos agregar Campo de las Ancyuñas (Debenedetti), Sorocayense, Hilario, Iglesia, Campanario, Loma Larga (6.5 km al N. de Zonda, Iglesia), Los Pozos (13.5 km al S. de Iglesia).

González propone un Calingasta I que, creemos entender, se iniciaría antes de Ciénaga. Por razones tipológicas consideramos que la cerámica incisa sanjuanina descrita es originariamente de mayor antigüedad que la "clásica" Ciénaga (Ciénega sería denominación más adecuada pues, como dice Casanova, en la toponimia local el sitio se llama La Ciénega; así también lo designa Debenedetti y un estilo creado por Bennett fue bautizado Ciénega polícromo), con sus motivos incisos delimitados por un surco y rellenos con líneas o puntos.

El autor habla de intrusión e influencias Ciénaga. No está claro si se refiere solamente a la presencia de la alfarería Ciénaga. Como no describe este material no sabemos si se hallan las decoraciones "clásicas" (ilustradas por él mismo al caracterizar la cultura Ciénaga). Por otra parte, algún tiesto Ciénaga con decoración negra sobre engobe crema sería difícil de distinguir del tipo correspondiente de cerámica Angualasto si fuera de una parte sin la decoración típica.

La existencia de algunos motivos decorativos iguales o semejantes en distintos estilos cerámicos crea la necesidad de publicaciones altamente descriptivas y con abundante iconografía. Esto es más necesario con los tipos tempranos. No basta la simple enumeración de los mismos, hace falta la precisión descriptiva para poder establecer el diagnóstico diferencial entre tipos afines.

Aún aguardamos una monografía sobre Ciénaga y un estudio más detallado de la cerámica Aguada. González sería el indicado para hacerlo; si no, algún investigador del Museo de La Plata, donde se halla el inapreciable material cuidadosamente recogido y documentado por Vladimiro Weiser y Federico Wolters, sin el cual no hubiera sido posible elaborar los cuadros cronológicos del valle de Hualfín y varios recientes estudios.

La cerámica Ciénaga negra o gris grabada en su variedad con motivos semejantes a la Calingasta incisa no parece ser muy frecuente o, al menos, no se la ha representado con frecuencia en la iconografía. La cerámica Aguada gris o plomiza con motivos geométricos grabados no ha merecido un estudio detallado como para descartar la existencia de alguna variedad que posea decoración que semeje a la Calingasta. Por otra parte, conocemos ejemplares de cerámica gris Ciénaga y Aguada (diagnosticados por sus motivos decorativos) que no se diferencian entre sí por pasta, espesor ni acabado superficial. Un tiesto de tales vasos que careciera de la parte con la decoración no podría ser diagnosticado.

En San Juan hemos hallado algún tiesto gris con decoración incisa de triángulos alternos rellenos con rayas, colocados entre dos surcos paralelos al borde, tal como en tientos de Aimogasta y El Pantano (Boman y Greslebin 1923), de Chaquiago (Lafone Quevedo 1902 y 1903) y La Candelaria (Serrano 1963); pensamos que podría tratarse de cerámica Ciénaga.

Una alfarería que puede integrar el estilo Calingasta inciso es la de la *cultura de Agrelo* de Canals Frau, que es negra o gris, con decoración grabada en líneas finas o más anchas que forman cheurones, escalones, líneas paralelas o haces; también se hallan líneas onduladas, aplicaciones de mamelones y algunas asas verticales. Si a esto agregamos la decoración incisa en el cuello, los entierros directos en tierra, el tembetá, el hallazgo de recipientes líticos para alucinógenos, las viviendas de material perecedero, los hornos semi-subterráneos, nos sentimos inclinados a incluir la cultura de Agrelo dentro de la Calingasta, como una variedad marginal y probablemente con retención de rasgos arcaicos. Recordaremos que se publicó cerámica "tipo Agrelo" de los departamentos Luján, Tupungato, Maipú, San Martín, Rivadavia, San Carlos, Lavalle, Las Heras, Malargüe (Mendoza) y Sarmiento (San Juan).

Algunos motivos de la cerámica Calingasta incisa se han hallado en vasos incisos Ciénaga, La Candelaria, Arroyo del Medio, El Infante, Condorhuasi, Salto Grande, Ibicuy, Las Conchas, etc. pero los rasgos más característicos de estos tipo los apartan de la Calingasta; lo mismo ocurre con la cerámica chilena El Molle. Sin embargo, todos pueden integrar el *primer período cerámico* de Serrano (1963; autor que ya había hablado para el Noroeste de una cerámica básica y de una cultura básica en 1953); se podría hablar de una *tradición incisa* que abarcó una buena parte de la Argentina, desde Salta a Mendoza, en el período temprano, e incluso influyó en el área pampeana y Litoral. . .

En el *período medio* creemos que penetró en el territorio sanjuanino la cultura Aguada con sus guerreros cazadores de cabezas-trofeos y su seguramente sangriento culto felínico. No sabemos cuál es el sentido exacto en que González emplea las expresiones "influencias Aguada" o cerámica "intrusiva" Aguada. Debenedetti en su estudio de la arqueología sanjuanina expresó que la alfarería "draconiana" era exótica, importada; en cambio, en su estudio de la arqueología del valle de Famatina dijo que los tientos hallados en los valles preandinos de la provincia de San Juan evidencian que *has*t allí se extendió el pueblo que poseyó tales vasos. Nosotros creemos que existieron verdaderos asentamientos Aguada en algunos lugares de los valles sanjuaninos.

A este respecto, recordaremos que Schobinger halló en Pathimoco una zona con "una verdadera instalación" de la cultura Aguada, con cerámica "incisa y grabada" y amarillenta pintada con motivos del "felino draconiforme"

González aclara que algunos tientos hallados por Debenedetti en Barrealito son Aguada policromo y otros Aguada gris grabado; dice también que la típica alfarería Aguada aparece en otros sitios sanjuaninos (él la cita en "Volpianski"); Debenedetti la había encontrado, además, en Los Pozos, Pachimoco y Niquivil. Por nuestra parte, recogimos tientos Aguada con decoración geométrica y también draconiana en negro sobre fondo amarillento rojizo (uno de los primeros con interior negro) en Campanario; y Aguada con decoración draconiana en negro y rojo sobre amarillento rojizo y con curvas en morado y pardo oliváceo sobre amarillento rojizo en la Loma Larga.

Por otra parte, en Angualasto se halló una cabecita humana de cerámica

tipo Aguada y una empuñadura lítica que para González podría ser del período temprano o del medio. También podrían ser de la cultura Aguada algunos molinos (o morteros, pues no son claras las descripciones) con tallas zoomorfas hallados en Calingasta y Angualasto; serpientes de piedra y colgantes de piedra pulida de Angualasto; hachas insignias de bronce (o cobre) con grecas o espirales y caras humanas en relieve, de Castaño y Calingasta; agujas de cobre con volutas. Es interesante recordar que, cerca de Castaño, Aguiar (1900 y 1904) halló un cráneo asociado a dos agujas de "cobre" con dos volutas en un extremo y a un hacha insignia de "cobre" rota, del mismo estilo que las que González (1966) considera de Aguada final (800-900 D.C.?). Podría tratarse de una sepultura Aguada.

Pensamos que la cultura Calingasta puede haber sido sustituida por la Aguada en algunos sitios mientras perduraba (en continuo cambio, como toda cultura) en muchos otros.

En la parte dedicada a la cultura Calingasta González dice que en "períodos más tardíos" son relativamente frecuentes tiestos polímeros Coquimbo; no sabemos en qué período concreto sitúa su aparición en San Juan.

Como veremos más abajo, se puede pensar que ya en el período medio puede haberse instalado la cultura *Angualasto* en San Juan.

González la coloca en el *período tardío* de esta provincia y la fecha provisionalmente entre 1000 y 1480 D.C., pues no se sabe en qué momento exacto ocurrió el cambio de la cultura Calingasta por la Angualasto y menos si hubo otra cultura intermedia.

El "sitio clásico" es Angualasto, descrito por Debenedetti. González resume los datos de este autor diciendo que las ruinas se hallan concentradas en unos 4 km² al O del río Jáchal mientras que los cultivos debieron estar en la banda opuesta del río. Las construcciones del sitio principal o "Tambería" son de barro amasado, que —dice González— Debenedetti denomina "adobones" aunque es más exacto llamar tapia. El último distinguió: corrales de 18 x 12 m; viviendas de planta rectangular con entrada orientada al E. (dice González que, de no haber existido esta observación de Debenedetti, él las habría interpretado como circulares, debido a la erosión); graneros circulares o cuadrangulares excavados en el suelo, de hasta 2.50 m de profundidad, que estuvieron provistos de techo y se agrupan en series de 2 ó 3.

Dice el autor que Debenedetti halló "extensos fogones dentro y fuera de las habitaciones y en las vecindades" —en total 278— y que contenían alfarería negra tosca. También cita la presencia de alfarería pintada en negro y rojo sobre blanco y escasísimos tiestos santamarianos (en este último dato agrega González un signo de interrogación, en lo cual coincidimos); en cambio, no se hallaron tiestos con decoración draconiana. Continúa el autor con la funebria según Debenedetti: restos de niños en urnas y pocos grandes sepultados en las habitaciones, entierro de un adulto en el ángulo de una vivienda, inhumación de un niño envuelto en haces de paja en el interior de una habitación.

La cerámica que acompaña a los restos de niños es la Jáchal negro sobre rojo de Bennett (o Angualasto). También se hallaron ollas negras toscas,

un puco gris, ollas rojas, un plato ornitomorfo con interior blanco (quizás de influencia incaica) y vasos "calceiformes".

Otros hallazgos citados incluyen: silbatos de barro cocido y de madera; torteras cuadrangulares de hueso, una tortera de piedra; una campana de cobre fundida; puntas de proyectil de piedra, en general pequeñas (entre 16 y 39 mm), con predominio de las triangulares isósceles con bordes rectos o convexos y base cóncava, otras con pedúnculo. Abundantes puntas de hueso chatas de base cóncava, en cola de golondrina. También se halló un tupu, una tortera decorada, boquillas (embocaduras de instrumentos musicales, para Debenedetti) y tubos, todos de hueso.

A este resumen de los datos de Debenedetti es necesario hacerle ciertas observaciones.

Debenedetti y González afirman que las ruinas de Angualasto se extienden sobre una superficie de unos 4 km². Es probable que en 1914 abarcaran un área más extensa que la actual, debido al progresivo derrumbe de las barrancas originado por las crecientes del río de Jáchal, pero en 1960 se veían los tres corrales de que habla Debenedetti y un número mayor de viviendas; sin embargo, no llegaba su extensión al medio kilómetro cuadrado. Para llegar a la primera medida habría que incluir también el yacimiento de Punta del Barro. Ello no obsta para que en tiempos prehistóricos el asentamiento tuviera más de 4 km² pues es casi seguro que el pueblo actual de Angualasto se ha edificado sobre parte del poblado indígena.

Debemos aclarar que en gran parte del área precordillerana y cordillera de San Juan, así como en parte del O. riojano se denomina *tambería* a los sitios con restos arqueológicos que fueron asiento de poblaciones prehispánicas; se trata de una designación general y común, no hay razón para convertirla en un nombre propio en el caso de Angualasto, como hace González al escribirla con mayúscula (ya Debenedetti había aclarado el valor de esta voz en una nota al pie de la página 20 de su conocido estudio).

Debenedetti y González piensan que los campos de cultivo debieron hallarse en la otra margen del río (el primero también señala la parte del valle que se extiende hacia el sur). Sin embargo, la *tambería* es atravesada por restos de un canal bordeado por tapias, sin duda destinado a regar los cultivos. Ello no quita que del otro lado del río y en largo trecho de la terraza fluvial hayan existido otros asentamientos y campos de cultivo. Debenedetti recogió la información de que en la otra banda se hallaban grandes *tamberías*, a las cuales no pudo llegar debido a la fuerte creciente del río; este último hecho nos señala la inconveniencia de vivir de una margen y tener los cultivos en la otra, circunstancia sin duda conocida por los indígenas.

Debenedetti habla en dos ocasiones de "tapias de barro" y coloca en bastardilla la denominación regional *adobones*; lo dudoso es que se trate de "barro amasado".

González dice que si no hubiera sido por la aclaración de Debenedetti habría afirmado que las viviendas eran circulares; creemos que si se han observado las ruinas con atención no queda la menor duda de que las construccio-

nes son cuadriláteros con lados rectos y ángulos redondeados (incluso en 1968 continuaban con igual planta a pesar de la erosión).

Los graneros semisubterráneos, según Debenedetti, generalmente se encontraban aislados y raras veces se agrupaban de a dos o de a tres. Nosotros hemos visto en Iglesia en 1959 una *troja* de este tipo, de planta rectangular. El techo era a dos aguas ("lomito de toro") y su armadura constaba de una cumbrera que seguía el eje mayor y se apoyaba por sus extremos en sendos pequeños mojinetes hechos con adobes; sobre ella estaban dispuestas las varas que sostenían a su vez un encañado cubierto con *torta*.

En el resto del patrimonio del yacimiento de Angualasto se hallan divergencias con respecto a la fuente original y omisiones que creemos necesario puntualizar. Es llamativo que un trabajador tan meticulado como González haya incurrido en ellas; pensamos que puede tratarse de un fichado hecho por sus alumnos.

Los 278 fogones que halló Debenedetti en Angualasto estaban situados en el exterior pero siempre en las inmediaciones de las construcciones; en el interior de las viviendas halló en muchos casos carbones y vegetales quemados provenientes del incendio de los techos. Los tiestos que predominaban eran con decoración geométrica reticulada (o sea, de estilo Angualasto) pero abundaban también fragmentos de platos rojos ornitoformos. Los niños estaban sepultados no sólo en las viviendas sino también en sus proximidades. La campanilla plegada no era de cobre sino de bronce con 5.834 % de estaño, según el análisis del Dr. Pedro T. Vignau incluido por Debenedetti.

Son numerosas las omisiones. Debenedetti incluye varios otros datos acerca de la funebria: un niño en una olla tapada con cañas, totoras y otros vegetales; un niño inhumado en una vivienda en una tumba de hoyo con cámara lateral; un niño cubierto con un puco gris; un niño bajo un plato invertido, con el cráneo orientado al E. y cubierto por una cesta de junco; un entierro individual de adulto, alejado del núcleo de la población y a 1.20 m de profundidad; una "especie de nicho cuadrilongo, tapiado" con el esqueleto de una persona joven, el cráneo orientado al E. y provisto de ajuar (un plato hemisférico rojo, simple, y dos puntas de flecha de hueso, colocados a los pies; sobre el cráneo, un trozo de lámina de bronce, dos dientes de llama y abundantes cáscaras de huevos de avestruz); un enterratorio descubierto en una barranca a 3 m bajo el nivel del suelo, en un lugar inaccesible, en el cual eran visibles tres cráneos de adulto, e "infinidad" de huesos largos. También cita una tortera hecha con un tiesto; platos toscos; innumerables tiestos de alfarerías policromas (posiblemente chilenas), de platos ornitoformos y tubos de flautas de Pan; un tiesto zoomórfico semejante al decorado de una urna chilena; fragmentos con una representación antropomórfica en relieve que Debenedetti cree de urnas tipo Belén pero seguramente son Angualasto (Bregante 1926 y Márquez Miranda 1946 también los consideran Belén); un pequeño objeto de barro con forma de llama o guanaco; también un crisol con vértice perforado e incrustaciones de mineral de cobre. Entre el material lítico se hallan además: abundantes "morteros" de piedra partidos (Debenedetti llama morteros también a los molinos), con predominio de las conanas con excavación longitudinal; cuentas de collar de malaquita; perforadores,

puntas de flecha con bordes dentados, fragmentos de puntas de "lanzas o jabalinas" con bordes dentados (no excederían de 80 mm de largo); un/ posible fragmento de bola. Asimismo se recogieron muchos fragmentos de cinceles, placas, punzones y pinzas depilatorias de bronce. Por último, otro hallazgo interesante de Debenedetti son unos discos pequeños circulares de valvas de *Concholepas peruvianus* Lamarek (gastrópodo marino de Perú y Chile) y de *Diplodon aff. Frenzelii-Ihering* (bivalvo de agua dulce de Chile y N. de Patagonia).

González dice que al patrimonio descrito por Debenedetti habría que agregar otros hallazgos hechos en la misma área. En primer lugar, cita la "momia" estudiada por Vignati en 1934, procedente de El Colorado, de la otra banda del río de Jáchal y como una legua y media al SE. de Angualasto. Cuando un poco más adelante da el patrimonio de la cultura Angualasto incluye algunas prendas tejidas y otros elementos del ajuar funerario de aquélla (pulsera de cuero, tobilleras de piel, ojotas, cestas con técnica espiral, peines o brochas para el cabello de raíces y de espinas) pero deja de lado varios datos publicados por Vignati: la fosa de inhumación era poco profunda, en los costados existían "palos inclinados que sostenían grandes piedras" y se hallaba cubierta por palos horizontales y una capa de tierra; la mitad izquierda del cabello de la "momia" estaba repartido en seis finas trenzas y ambos extremos de la cabellera estaban unidos por cordones de lana decorados; la camisa estaba sujeta por un cinturón formado por seis cordones de lana decorados y provistos de flecos; en el ajuar se hallaban además tres bolsitas tejidas de lana, dos bolsitas de cuero, tres calabazas seccionadas a lo largo (una pirograbada), un utensilio de hueso y madera que guardaba un haz de espinas de cactáceas, dos valvas de moluscos del Pacífico (el gastrópodo *Concholepas concholepas* Bruguière y el bivalvo *Semele solida* Gray), fragmentos de tallos de cactáceas y lana "toscamente hilada".

En segundo lugar González cita una cabecita de alfarería rojiza Aguada y una empuñadura de hacha de piedra con talla zoomorfa que considera pertenecería al período temprano o al medio (ambos objetos publicados por Badano 1938). Luego se refiere a un recipiente lítico tallado para alucinógenos (Serrano 1941) que también sería del período temprano o medio. Por último, en la colección de la escuela de Angualasto vio tuestos Condorhuasi y Coquimbo policromo; el último estilo "del Período Tardío, probablemente Incaico".

Es posible agrandar la lista con otros elementos culturales hallados en Angualasto: Doello-Jurado (1918-1919) agrega a los moluscos ya nombrados el *Mytilus chorus* Mol (bivalvo marino de Perú, Magallanes y Tierra del Fuego) y el *Pecten purpuratus* Lamarek (bivalvo marino de Perú y Chile, hasta Coquimbo) Asnaourow (1928) halló entre otras cosas una cabeza de guanaco y un "ídolo-fetiché" de piedra, y un adorno de hueso (para mujer, agrega). Constanzó (1942) estudió 9 cráneos de Angualasto y halló 2 con deformación tabular erecta, 4 con deformación tabular y 1 solamente con plagiocefalia (en el cuadro que incluye figuran 2 tabulares y 4 tabulares erectos). Por otra parte, clasifica los restos como de raza ándida. Iribarren Charlin (1952) trae unas cuantas informaciones acerca del sitio Angualasto e incluye como novedad un pequeño "mortero" con cabeza zoomórfica tallada (que podría ser

del período temprano o medio), una manopla de cobre y tientos decorados de estilo no determinado. Schobinger (1965) hace referencia a "hornos de tierra" situados a 6m. bajo el nivel actual del suelo.

González hace algunos comentarios sobre el yacimiento de Angualasto. Dice que sus construcciones no sólo son excepcionales en la provincia de San Juan, donde quizás las de Pachimoco y Taranzo tuvieron ciertas similitudes, sino en todo el Noroeste argentino. Agrega que las descripciones existentes son demasiado pobres e insiste en que esas grandes construcciones de tapia que llegan hasta 1.50 m de ancho o aún más "difieren por completo" de todas las construcciones similares que conoce en el Noroeste. Hace referencia a las tapias del Fuerte del Pantano (coloniales) y de Batungasta (carente de estudios adecuados). También recuerda los largos pasillos de entrada hechos "con tierra apelmazada" en las viviendas de El Alamito pero, con muy buen criterio, cree que se puede descartar toda relación directa con Angualasto.

González opina que si las viviendas de tapia rectangulares con largo pasillo de entrada fueron típicas de la cultura Angualasto "debieron repetirse prácticamente en todos los lugares ocupados por esta cultura en la provincia de La Rioja o de San Juan". Sin embargo, para dicho autor, no ocurre así pues no se hallan en los lugares donde aparece la típica alfarería. Para apoyar su aseveración se refiere a un yacimiento situado a unos 13 km al S. de Iglesia y a unos 2 km de la ruta que va a Tocota (se refiere al conocido Los Pozos), donde "no hay vestigios" de tal tipo de construcciones de "barro" pese a que la erosión ha sido "más benigna" que Angualasto. Añade que en varios sitios del área de Jáchal ocurre lo mismo y que los yacimientos de La Rioja no escapan tampoco a "esta regla".

Sin embargo, recuerda que en algunas ruinas de San Juan se ha señalado la presencia de construcciones de tapia: Pachimoco (Debenedetti, Schobinger), Taranzo (Iribarren Charlin), Calingasta, Chinguillos, Niquivil y Barralito (Debenedetti). El autor se muestra disconforme con estos estudiosos y dice que ninguna de estas ruinas ha sido descrita en detalle; las de Taranzo se conocen por información de terceros; las de Pachimoco están completamente destruidas por la erosión y no se sabe si existen las construcciones típicas con largos pasillos.

González se refiere a las ruinas de Tocota y dice que "parecen" haber sido construidas con paredes de piedra (su fuente bibliográfica es Ruseconi 1962).

Con respecto a Angualasto escribe que vio y recogió tientos de "influencia" incaica, lo cual indicaría que fue ocupado en el momento de la expansión incaica. Además su posición estratégica sobre el camino del Inca hacia el S. confirmaría este punto de vista. A pesar de ello, en las viviendas y tumbas se halló alfarería Angualasto, por lo cual le queda la duda acerca del momento exacto en que se hicieron las construcciones de tapia. Se pregunta por qué se construyeron tan sólidos corrales, aglutinados en una determinada superficie, en "un solo lugar" de la gran extensión que ocupó la cultura Angualasto. De cualquier forma, o son del final del período tardío o del incaico.

Algunos de los comentarios de González necesitan ser aclarados pues, como él mismo dice, sólo realizó una "corta visita de recorrida a lugares arqueológicos" de la provincia de San Juan; además, muestran algunas lagunas en el conocimiento de la bibliografía, pues en ésta se hallan algunos elementos de juicio ignorados por el autor.

Las descripciones publicadas de las construcciones de Angualasto (Debenedetti 1917, Iribarren Charlin 1952) carecerán de muchos detalles descriptivos pero son suficientes para dar una idea aproximada del tipo de asentamiento y de viviendas. Las plantas representadas por Debenedetti no reproducen exactamente su forma real pero en el texto hay observaciones más ajustadas.

El estudio total detallado de un asentamiento de la magnitud y condiciones de Angualasto es un problema muy difícil. Como ya hemos dicho, el pueblo actual debe estar construido sobre parte de la tambería; además, el nuevo edificio de la Gendarmería Nacional se ha levantado en terrenos que integraban el yacimiento, lo mismo que otras construcciones (entre ellas, una dedicada a la Difunta Correa).

La erosión fluvial y pluvial es otro factor muy importante. En sus grandes crecientes el río de Jáchal va desmoronando la barranca y arrastrando terreno que debe haber sido ocupado por los indígenas. Las torrenteras que bajan desde el oeste con cada lluvia van destruyendo poco a poco las construcciones, abren y ciegan zanjas continuamente remodelando el terreno, descubren miles de tuestos y vuelven a sepultarlos. Hemos visto grandes bloques con restos de viviendas hundidos a más de 2m de profundidad y pocos años antes se hallaban a nivel del suelo; hemos visto viviendas situadas exactamente en el borde de una barranca de más de 6 m de altura esperando el próximo aluvión para precipitarse a lo hondo. A ello hay que agregar la acción de los buscadores de tesoros, exacerbada los Viernes Santos (porque Dios ha muerto y el Diablo anda suelto), y la de los *sacha arqueólogos* (gráfica expresión regional de nuestro Noroeste).

Creemos que ya es tarde para saber la extensión exacta del asentamiento y el número total de las construcciones originales. El estudio detallado de las que sobreviven y la búsqueda mediante excavaciones de las plantas posiblemente sepultadas por el barro en el medio kilómetro cuadrado de yacimiento necesitaría del prolongado esfuerzo de un numeroso equipo.

El mismo problema se presenta en otros yacimientos sanjuaninos. No se puede exigir un estudio detallado de ellos cuando la regla en las exploraciones arqueológicas de nuestro país es la falta de tal tipo de estudios.

Nosotros hemos estado en Angualasto por primera vez en 1960 y podemos caracterizar al yacimiento como un poblado agrícola estable con una instalación de tipo semiconglomerado (Madrado-Ottonello de GarcíaReinoso 1966) algo laxo, con ciertos rasgos estructurales recurrentes en cuanto a distribución, forma y orientación de las construcciones. Las viviendas son unidades simples constituidas por recintos aislados y dispuestas en las cercanías de corrales.

En el extremo N. de la tambería, a un poco más de 600 m al NNO. de las primeras casas del pueblo actual, se ve un corral; al lado hay restos de una vivienda y detrás (del lado opuesto a su entrada) cuatro viviendas en fila de

dirección aproximada NNO — SSE. A unos 120 m y casi al S del primero hay otro corral semejante; detrás, una fila de tres viviendas y, más atrás, otra de dos viviendas menores. Entre ambos corrales, a unos 40-50 m al NE del segundo, hay otro corral similar. A unos pocos centenares de metros al SE existen restos muy derruidos de otro posible corral y en toda esa extensión se ven restos y vestigios de un número incierto de construcciones. Todas ellas son de tapia. También son visibles los restos de un canal limitado por dos hileras paralelas de tapias que entra desde el O y va torciendo en dirección al SE.

El largo actual NO—SE de la tambería es de menos de 1 km y su ancho medio de menos de 0.5 km. No hay ubicación estratégica para la defensa ni construcciones defensivas, lo cual es índice de una población pacífica.

Los corrales son de planta cuadrangular con ángulos redondeados; el eje mayor está orientado de ENE a OSO, su medida interior (sólo aproximada, debido al lavado por las aguas y la erosión eólica) en dos corrales es de 13,50m y 13,80m, respectivamente. La entrada está en el centro del lado ENE y en un caso medía 1,90 m de ancho. La altura interior máxima de los muros desde el nivel actual del piso es de 1,90 m y su ancho máximo aproximadamente de 1,50 m.

Las viviendas son de planta cuadrangular con ángulos redondeados y entrada al ENE, que lleva adosada una prolongación infundibular a modo de pasillo o corredor. Domingo F. Sarmiento comparaba gráficamente con una trompa o birimbao a unas viviendas que habrían existido en el valle de Calingasta. Las hay de dos tamaños. Las medidas de una de las mayores son, las siguientes: largo interior (NNO-SSE) 7 m, ancho (ENE-OSO) 6,50 m; ancho de la boca de entrada 70 cm; altura máxima de los muros 1.60 m (exterior) y 1.30 m (interior), ancho máximo aproximado 50 cm. Las medidas del pasillo son: largo 2.50 m, ancho interior proximal 1.40 m, ancho interior distal 1.90 m, sus muros tienen un ancho máximo de 1 m. Las medidas de una de las viviendas menores son: largo (NNO-SSE) 4.20 m, ancho (ENE-OSO) 4.10 m; ancho de boca 63 cm; altura máxima interior de los muros 70 cm. Las medidas del pasillo son: largo 1.55 m, ancho interior proximal 1.10 m, ancho interior distal 1.30 m. Las juntas de algunas tapias se conservan; se midió un pan de 70 cm de longitud y otro de 1.20 m.

Únicamente en los restos del muro NNO del corral situado en el extremo sud de la tambería parecerían verse adobes muy erosionados pero quizás sea sólo una apariencia resultante del resquebrajamiento de las tapias.

González insiste en que es necesario distinguir entre tapia, adobe y barro apelmazado. En gran parte de la provincia de San Juan se siguen empleando las construcciones de tapia y adobe y hemos visto varias veces su confección en el departamento Iglesia. Creemos útil volver sobre la técnica empleada porque a pesar de utilizarse instrumental de origen hispánico no sería imposible que perdurara algún rasgo indígena en su elaboración o que se hubieran reforzado los elementos comunes a ambas tradiciones.

Las tapias actuales se hacen con la ayuda de un molde llamado tapial, compuesto por dos hojas rectangulares de unos 3 m de largo, hechas con tablas, y una compuerta cuadrangular, también de tablas. Una vez armado tiene una planta en forma de una U con ángulos rectos que se mantiene en

posición mediante postes y ligaduras. El molde se rellena con una capa de tierra humedecida (se riega un poco si está seca pero nunca se hace barro) que puede tener algunas pequeñas piedras y se la comprime mediante un pisón de madera. Se prosigue así hasta llenar todo el tapial. Entonces se quita el molde y se deja secar la tapia 2 ó 3 días.

Los adobes se hacen preparando barro en un pozo; se bate con una azada, se le agrega paja y se pisa a pie desnudo, mezclando bien con la azada. Luego se preparan los adobes echando el barro en un molde llamado adobera, que sirve simultáneamente para dos adobes de planta rectangular (o trapezoidal si son para horno). Se retira la adobera y se dejan secar los adobes al sol durante tres días. Se dan vuelta y se dejan secar del otro lado. Una vez secos se raspan para quitar las pajas que sobresalen.

Como se ve, las tapias actuales no son de barro amasado. No sabemos si los indígenas de Angualasto usaron molde y pisón; el aspecto de algunos panes parece sugerir que también los construían por capas.

Como se comprende, un material deleznable como el de las tapias sólo puede prolongar su persistencia cuando lo permite el microclima local. Angualasto, como varios otros sitios a lo largo del río Blanco, está protegido de la erosión eólica por las lomas que se hallan al oeste. No sucede lo mismo, por ejemplo, con los yacimientos del valle de Iglesia, algunos de los cuales se hallan en pampas abiertas al viento sud.

A pesar de ello, Angualasto no es una excepción en San Juan ni en La Rioja. En la Loma Larga (6.5 km al N. de Zonda, Iglesia), yacimiento que visitamos por primera vez en 1959, se hallan construcciones semejantes y con igual orientación. A pesar de la fuerte erosión hemos encontrado restos de un corral y de tres viviendas.

El corral está muy derruido pero presenta algunos restos de muros y en partes vestigios a ras del suelo que se destacan por su color blanquecino. Es de planta cuadrangular con ángulos redondeados. Sus medidas, tomadas en este caso de la línea sagital de un muro a la línea sagital del muro opuesto (por ser más sencillo debido al estado de erosión), son: largo (ENE-OSO) 15.50 m, ancho (NNO-SSE) 14.90 m. La parte de tapia mejor conservada alcanza 1 m de altura sobre el nivel actual del suelo y un ancho máximo de 50 centímetros. En el lado ENE hay un trecho sin huellas de muro, seguramente allí estuvo la entrada.

Al NNO del corral se halla la vivienda más conservada. Es de planta cuadrangular con ángulos redondeados y posee un corredor de entrada de lados paralelos al ENE. Sus medidas (también de centro a centro de muro) son: largo (NNO-SSE) 6.35m ; altura máxima de los muros (exterior) 87cm, anchura máxima 65cm. A unos 40cm de profundidad se hallan troncos de algarrrobo de 6 a 9 cm de diámetro y pequeños trozos de carbón vegetal; seguramente son restos del techo. El corredor de entrada sale de los bordes de la puerta (no como en Angualasto, donde era más ancho que ésta) y tiene 2.70 m de largo por 2.15 m de ancho.

Algo más al S existió otra vivienda similar pero sólo quedan vestigios del corredor, de 2.25 m de ancho, y unas pocas huellas de los muros.

La tercera vivienda, situada detrás de la anterior, también está muy de-

rruñda; el corredor de entrada ha desaparecido; el recinto mide 4.15 m. de largo (NNO-SSE) y 3.40 m de ancho (ENE-OSO). Como se ve, también aquí existían dos tamaños de viviendas.

También hemos hallado un trozo de barro mal cocido con improntas de varas, lo cual podría indicar la presencia de construcciones accesorias de quincha embarrada.

La tambería de la Loma Larga, que llegó hasta el momento Angualasto-Inca, es un ejemplo de lo que pueden las fuerzas destructivas de la erosión y la acción humana. Los hallazgos arqueológicos ocurren en una extensión de unos 2 km y existen restos de un canal limitado por tapias que sigue las faldas de las lomas durante un largo recorrido y probablemente llegaba hasta la tambería. Sin ninguna duda han existido más corrales y viviendas pero la tremenda erosión hídrica provocada por los aluviones que bajan de las sierras y corren hasta el arroyo Iglesia los ha arrasado; sólo quedan de ellos unas manchas y elevaciones blanquecinas.

Construcciones similares a las de Angualasto también existen en otros lugares de San Juan. Uno es Punta del Barro (un poco más de 3 km al N de Angualasto), donde se ven corrales y viviendas, ya citados por Iribarren Charlin (1952, bajo el título *Tambería de Angualasto*). Hosseus (1916) halló en Chinguillos un gran número de viviendas que habrían estado rodeadas por una gran muralla exterior. Las construcciones eran cuadrangulares con ángulos redondeados y entrada al E. Cita construcciones de 5, 6, 7, 9 y 19 m "en cuadrado" por lo cual puede pensarse que también habría algún corral. A 50 cm de profundidad halló restos, en partes quemados, de techos de cortadera. Las "paredes de la entrada" (sin duda, el corredor) en general eran de 2 m. Incluso publicó tres fotografías elocuentes. Schobinger (1965) dice que hay habitaciones de paredes de barro semejantes a las de Angualasto cerca de Carrizalito. Debenedetti (1917) agrega que halló en Pachimoco gran cantidad de vestigios de viviendas de barro amasado tipo Angualasto, aproximadamente circulares, y Schobinger (1962-1963) descubrió allí habitaciones de barro apisonado con cerámica Angualasto. Debenedetti (1917) también informa sobre el hallazgo en Niquivil de viviendas de adobe como las de Angualasto, aproximadamente circulares, de 5.60 m de diámetro, con las puertas orientadas al NE y techos de paja y ramas. Ya citamos que Sarmiento se había referido a la existencia de viviendas (más de 500, dice) en el valle de Calingasta con forma circular y "atrios" hacia el E, a las que comparaba con una trompa o birimbao. También en La Rioja existen construcciones semejantes a las de Angualasto en las cercanías de Guandacol. Ya Debenedetti (1917) había señalado su analogía, en forma y dimensiones y había publicado un fotografía en un artículo del mismo año dedicado a la arqueología del valle de Famatina; nosotros lo hemos comprobado personalmente en 1967.

Por exceso de crítica se podrá dudar acerca de la igualdad de las construcciones en alguno de los casos citados o se podrá ignorarlas por desconocimiento bibliográfico. Nosotros, *hasta el momento*, tenemos la absoluta certeza de la existencia de cuatro yacimientos (3 en San Juan y 1 en La Rioja) con igual tipo de construcciones de tapia (tipo que podemos llamar Angualasto) y con seguridad puede elevarse el número a cinco pues no dudamos de

las descripciones y fotos de Hosseus. Además hemos citado otros cuatro yacimientos con viviendas presuntamente iguales.

Allí no finaliza la cuestión; podemos agrandar la lista con otros yacimientos sospechosos. Constanzó (1944) halló en Hilario restos de "muro de adobe y barro de esquinas redondeadas". Debenedetti (1917) cita en el Campo de las Anevuñas (o Alto de Román) habitaciones de grandes adobes de barro crudo. Hosseus (1916) también habla de casas antiguas en las Vegas de Miranda y El Chaparro (este último a más de 90 km al N de Chinguillos); el contexto hace sospechar que posiblemente sean del tipo de las de Angualasto. Iribarren Charlin (1952) recogió información de que en Taranzo (6 km al E de Las Flores) habría construcciones circulares de "adobones". Márquez Miranda (1940) dice que en Angostura hay construcciones de adobes u "adobones". Debenedetti (1917) escribió que al E de Barreal encontró restos de viviendas de adobe y montones informes de tierra amasada; también en Barrealito halló restos de viviendas de tierra amasada o consolidada. Nosotros hallamos restos de tapias en 1966 en un yacimiento situado a 4 km al S de Hilario. También existen probables restos de tapias en el SO de Campanario. A ello habría que agregar las sugestivas pequeñas elevaciones de tierras blancuecinas que se hallan en varios yacimientos, como Tamberías, Sorocayense, Villa Corral y otros. Incluso en La Rioja, en Chimbás (a unos 3 km al E de Vinchina) hemos visto posibles restos de tapias asociados a cerámica Angualasto.

Con que sólo tengamos en cuenta los cinco sitios con construcciones de tapia semejantes (Angualasto, Punta del Barro, Chinguillos, Loma Larga, Guandacol) el carácter excepcional de las ruinas de Angualasto se diluye. Si tomamos en cuenta los sitios sospechosos, posibles o probables, se corre el riesgo de convertir la excepción en lo estadísticamente más frecuente. Las investigaciones de campo sin duda revelarán la existencia de numerosos otros sitios que responden al patrón de Angualasto.

El yacimiento de Los Pozos, contrariamente a lo afirmado por González, está sometido a mayor erosión que Angualasto pues se halla expuesto no sólo al agua, al viento (mucho más fuerte que en Angualasto) y a los excavadores, sino también al pisoteo de cabalgaduras y jinetes que van "a la leña" y, además, al pisoteo del ganado. Debenedetti (1917) encontró allí huellas de viviendas rectangulares de 12 x 4 m, divididas en tres compartimientos y con una construcción accesoria en el ángulo SE. Eran de barro y piedras pequeñas, que Debenedetti cree fueron mezcladas "como aún se suele hacer con muchas tapias". Nosotros no hallamos dichas huellas en las recorridas que hemos hecho por este yacimiento; sin embargo, en su parte SE hemos hallado varias elevaciones que probablemente son restos de viviendas de tapia.

Con respecto a las ruinas de Tocota, un indudable tambo incaico, las construcciones son de piedra. Debenedetti (1917) afirma que hasta cierta altura fueron de grandes rodados y la parte superior fue hecha de barro amasado pero no existe el más ligero indicio que permita apoyar esta última afirmación.

En nuestra opinión, las viviendas de tapia con pasillo de entrada son un rasgo original de la cultura Angualasto, como lo es su cerámica. Ello no obsta

para que los asentamientos del tipo representado por Angualasto puedan ser del tardío final e incluso haber llegado al período incaico. El hallazgo en ellos de cerámica incaica y de estilo Coquimbo junto a abundante alfarería estilo Angualasto no es prueba de que hayan sido una innovación introducida por influjo incaico; además, no existe un antecedente de construcciones similares en ninguna otra parte de la enorme área cubierta por el horizonte Inca. Un dato traído a colación por el propio autor es inédito y se refiere simplemente a construcciones incaicas de paredes de tapia en el valle de Chillón (Perú); seguramente deben carecer de los rasgos característicos de las de Angualasto. Por otra parte, una cultura que se extendió por un área tan grande como la Angualasto seguramente ha tenido variantes regionales; no es necesario que todos los rasgos se hallen en todos los lugares de un área cultural (éste es un hecho conocido desde hace mucho por los estudiosos de la geografía cultural).

González intenta, a continuación, presentar un cuadro del patrimonio de la *cultura Angualasto*. Recuerda los ensayos anteriores de Bennett (1948; con la denominación de *cultura Aimogasta*) y de Schobinger (1964) pero considera —en lo cual estamos de acuerdo— que las listas de estos autores incluyen bienes que pertenecerían a la cultura Calingasta (y a la Aguada, agregaremos).

La lista propuesta por González incluye los siguientes rasgos:

Distribución geográfica desde la región de Aimogasta (La Rioja) hasta gran parte del O de la provincia de San Juan.

El sitio-tipo Angualasto tendría el grave inconveniente de las mezclas de diversas culturas y períodos debidas a la larga ocupación y a la erosión. Para establecer el contexto cultural propone excavar un lugar donde la cultura esté libre de mezcla.

Las habitaciones en algunos lugares serían de material perecedero (no hay rastros visibles) y en otros de tapia. Algunos autores hablan de adobes y será necesario aclarar este punto; añade González que no se sabe si se trata de modalidades sincrónicas o diacrónicas

Existen grandes corrales, habitaciones con pasillo de entrada de más de 2.50 m de largo y graneros subterráneos.

La economía se basaba en la agricultura intensiva con riego mediante acequias, andenes y quizá otros recursos. Cultivo de maíz, quínoa y calabazas. Recolección de algarroba y chañar. Ganadería de la llama.

La funebria comprendía: Cementerio de párvulos en urna (La Rioja). Entierro de niños en las habitaciones. Sepultura de niños en urnas o grandes pucos. Entierro de adultos directamente en el suelo en posición extendida. Ausencia de alfarería en el ajuar funerario. Abundancia de vestiduras, cestas, etc. Cadáveres momificados naturalmente en San Juan. Uso del cráneo trofeo.

Tejidos: Poncho, camisa o uncu, boina de “malla de calado” o de “malla anudada” decorada con manojos de plumas. Técnicas de faz de urdimbre, doble faz, “punto de enlace”, “punto espina”, trenzado plano (en una faja). Un manajo de flecos está teñido con técnica de ikat. Colores empleados: blanco, rojo, granate, azul, verde, amarillento. Utilización de lana de alpaca y llama; teñido con *Relbunium*.

“Muñequeiras” y “perneras” de piel o cuero sobado, ojotas de doble plantilla con punta ancha y decoración incisa.

Cestería en espiral, a veces con decoración de haces teñidos o de “flecos” de lana.

Peines de tipo brocha (¿carácter temprano persistente?).

Alfarería: Urnas globulares de base “apuntada” con decoración de estilo Jáchal negro sobre rojo, o rojizo o blanquecino. Ollas, pucos, jarros, vasos “calceiformes”. Motivos decorativos más frecuentes: enrejados, ajedrezados con puntos en el interior de los cuadrados, enrejados finos y gruesos separados por líneas anchas, bandas con triángulos espiralados, bandas oblicuas de reticulado, ángulos, escalonados, líneas onduladas en paneles, enrejados con pequeñas volutas, enrejados con ganchos, triángulos con ganchos, anfibena.

Piedra: Puntas de proyectil pequeñas, triangulares, “escotadas”. Discos perforados, bolas, manos, metates.

Metalurgia: Escoplos o cinceles, pinzas, manoplas o tensores, campanillas fundidas, placas rectangulares de adorno, hachas con agujero cuspidal (?) y orejas, pendientes de oro.

Madera: Torteras decoradas, tabletas y tubos para alucinógenos.

Hueso: Torteras incisas rectangulares, tubos para absorber alucinógenos, espátulas decoradas, puntas de proyectil de base escotada o en cola de golondrina (centro de irradiación en Santiago del Estero o el E de Salta y Jujuy).

Comercio con los valles de Chile (atestiguado por los moluscos marinos *Concholepas*, *Pecten* y *Semele*) y con el resto del “área Valliserrana”.

No se sabe cuál fue la lengua hablada; dice González que pudo haber sido un dialecto del Cacán, una lengua más o menos independiente o el Huarpe. El problema no está resuelto.

Existen diferencias entre la cultura material del período tardío del área de dispersión de la cultura Angualasto y la del área Belén-Santa María, pero también hay similitudes con el resto de la “zona Valliserrana”. Dice González que la cerámica Angualasto tiene semejanzas con la que él llama Hualfín y con la San José. La mayor semejanza es con la Hualfín, tanto en motivos decorativos como en las formas de pucos y urnas. Con San José el vínculo es más indirecto y “queda librado a las relaciones que pueden establecerse entre este tipo y el Hualfín”. También serían similitudes el entierro directo de adultos sin alfarería y con ajuar de material perecedero, lo mismo que la escasez o ausencia de arquitectura de piedra. Faltan estudios para poder intentar una comparación sistemática.

González dice que la “cultura Hualfín-San José” y muy posiblemente la Abaucán corresponden, al parecer, a un momento posterior a La Aguada. Según los pocos indicios existentes se habrían establecido entre los años 900 y 1.000 D. C. y habrían desaparecido poco después al comenzar las culturas Belén y Santa María. Un fechado radiocarbónico del contenido de una urna Hualfín dió 935 ± 80 D.C. Con esto disipa sus dudas anteriores (1950) en cuanto a la ubicación temporal de las urnas Hualfín con respecto a la cultura Belén. En cambio, la cultura Angualasto habría subsistido hasta el momento de la conquista incaica y quizás hasta la llegada de los españoles (ya con algunos cambios).

González enuncia la hipótesis de que la alfarería y tal vez otros elementos de la cultura Angualasto se formaron en los valles de Abaucán- Hualfin y, quizás, Yocavil hacia el 900-1000 D.C. Al llegar las culturas Belén y Santa María, aquélla fue desplazada hacia el S, donde persistió hasta épocas tardías e incluso hizo llegar de tanto en tanto sus influencias a los valles de más al N.

Esta presentación de la cultura Angualasto hecha por González merece algunos comentarios. Debemos recordar que, además de las listas patrimoniales de Bennett (1948) y de Schobinger (1964), va Palavecino (1934) había presentado una breve caracterización de la "provincia cultural" Angualasto en la que se refería solamente a seis de sus caracteres. En su reelaboración posterior (1948), en unos pocos renglones cita cuatro rasgos de la "facies" de Angualasto del área diaguito-calchaquí. Canals Frau (especialmente en 1953) publicó un cuadro mucho más extenso de la cultura de los "Capayanes" de La Rioja y San Juan, pero en él incluye elementos extraños (de Calingasta, Aguada e incluso de influencia incaica). También Iribarren Charlin (1958) ensayó un sintético contexto de la que llamó "fase" Sanagasta o Capayán de la cultura diaguita.

Para nosotros, la difusión geográfica de la cultura Angualasto es mucho más amplia que lo que afirma González. Es curioso que este autor haya hecho referencia con anterioridad (1956) al hallazgo de sepulcros, urnas y tiestos Sanagasta en localidades del departamento Belén (provincia de Catamarca) que no son tomadas en cuenta en esta ocasión. Según la bibliografía publicada existen numerosos yacimientos sanjuaninos en los departamentos Calingasta, Iglesia, Jáchal y Angaco. También se conocen yacimientos en la provincia de La Rioja, en los departamentos Arauco, San Blas de los Sauces, Famatina, Gral. Belgrano, Gral. Lamadrid, Gral. Lavalle e Independencia. Por último, se hicieron hallazgos en la provincia de Catamarca, en los departamentos Belén, Andalgalá y Tinogasta. Un enterratorio indiscutible de la cultura Angualasto en la provincia de Catamarca con ajuar muy interesante es el publicado por Schreiter (1936); fue descubierto en las laderas occidentales del cerro Villavil. Incluso en la provincia de Salta (Colomé, departamento Molinos) se halló alfarería Angualasto según Serrano (1963), pero este estudioso la atribuye al extrañamiento de los Hualfines.

Aunque el yacimiento de Angualasto no hubiera sido excavado con correcta técnica arqueológica o el material extraído no haya sido adecuadamente presentado en su estratigrafía y asociaciones ello no quita el carácter típico a tal sitio.

La coexistencia espacial de varias culturas no es ningún grave problema: los yacimientos de La Ciénaga (mejor dicho, La Ciénega) y la Aguada también presentaron material de varias culturas sin dejar por ello de ser yacimientos tipos. Desgraciadamente, no todas las excavaciones tienen la suerte de poseer una documentación tan minuciosa como la entregada por Weiser y Wolters.

Con respecto al material de construcción, González parece oponer el material perecedero (que creemos entender sería la quincha, la quincha embarrada, los techos de ramas, cañas, etc.) a la tapia y deducir su empleo por su

desaparición o supervivencia; donde no hay restos visibles se habría usado el primero y no el segundo.

Sin embargo, es evidente que la tapia una vez destruída tampoco deja restos visibles en cuanto a tapia, a pesar de que su materia no sea perecedera (por lo menos en el corto tiempo de vida de las culturas). Hay yacimientos que dentro de poco tiempo no tendrán huellas visibles de sus construcciones, sin embargo son de tapia y no de "material perecedero".

El autor habla de agricultura intensiva y de andenes. Pensamos que quiso decir que la agricultura era una parte muy importante de la actividad económica y no que era de tipo intensivo. En cuanto a lo segundo, no hemos visto andenes de cultivo en los yacimientos sanjuaninos y riojanos que conocemos. Por otra parte, serían innecesarios en esos terrenos aluviales con poca pendiente. La única referencia a un tipo de construcción relacionada sería el dato que trae Debenedetti para Pachimoco, donde dice que halló restos de muros de tapia paralelos, a distancias variables, por lo cual sospecha que los campos tuvieron el aspecto de "plataformas bajas, escalonadas" y descendentes; los muros habrían sido los bordes de las plataformas. En todo caso podría ser un dispositivo para defenderse de la erosión hídrica o estar relacionado con el riego. La geomorfología del yacimiento es la antítesis del faldeo o la escarpa donde se hallan los andenes de cultivo del Noroeste. Aguiar (1910) habla de la práctica del nivelamiento artificial del terreno mediante pircas y terraplenes que contendrían los aluviones y originarían planicies debido al relleno del suelo, pero, aparte de ser una práctica inusitada, no cita ningún lugar concreto donde ello habría ocurrido.

González incluye la recolección de la algarroba y el chañar; cosa sin duda segura, a pesar de que no sabemos se haya documentado arqueológicamente. También se puede suponer que se recogieron otros productos de vegetales silvestres —tal como hoy se hace en San Juan y La Rioja—, entre los cuales se puede citar la pinchagua, el piquillín, el papamil, la chica; lo mismo debe de haber sucedido con la miel silvestre.

En la cultura Angualasto los entierros de adultos con algún vaso de alfarería en el ajuar parecen ser excepcionales. Un caso citado por Debenedetti era el de un joven sepultado en una especie de "nicho cuadrilongo tapiado". Schreiter también halló en Catamarca alfarería en un entierro colectivo de dos adultos con sepultura directa acompañados con un pávulo en urna. En cambio, parecen ser frecuentes en la fase Angualasto-Inca, tanto en entierros directos como en urnas (éstos documentados en Catamarca).

Además de la sepultura de cráneos de adultos en urnas, como ocurre en Catamarca (cráneo-trofeo de Barranca Larga, Cigliano 1965) y La Rioja (Reyes 1918), se ha informado acerca del entierro de "restos" de adultos en urnas también en Catamarca y La Rioja (Alanís 1947). Debenedetti recibió noticias del hallazgo de esqueletos de adultos en "grandes tinajas" en Niquivil (San Juan). El Instituto Nacional de Antropología posee una urna Angualasto rústica de Belén (Catamarca) con un cráneo adulto y tres huesos largos, y una interesante urna Angualasto negro sobre ocre de cuello largo con relieves antropomorfos, de Cuiján (San Blas de los Sauces, La Rioja), con un cráneo adulto con deformación tabular erecta y un hueso largo de

mamífero. Existe también una antigua noticia de Ameghino (1880-1881), según informes del ingeniero Nicour, acerca de la presencia en la Cordillera sanjuanina de un cementerio con sepulturas primarias en grandes urnas (esqueletos que generalmente tenían una punta de flecha pequeña en la boca, lo cual hace pensar que eran adultos). Además, para la fase Angualasto-Inca, Lafone Quevedo (1891 y 1892) describió dos entierros primarios en urnas de adultos en cuclillas descubiertos en Chañar Yaco (departamento Andalgala, Catamarca).

Es interesante que en el Noroeste se conoce inhumación de adultos en urna en La Candelaria (primaria, período temprano), Las Mercedes (secundaria, período temprano), Sunchitúyoj (secundaria, período medio), Averías (secundaria, período tardío), Humahuaca I (primaria, fin del período medio y tardío), Humahuaca II (primaria, período tardío); González cita el entierro de adultos en urna asociado a "restos culturales Belén". La sepultura de cráneos se conoce ya en Aguada (período medio); Sunchitúyoj y Averías también la practicaban; Humahuaca I, II y Humahuaca-Inca inhumaban cráneos trofeos (el auge fue en Humahuaca II, período tardío).

Por otra parte, los cementerios con adultos no fueron desconocidos en la cultura Angualasto. En Hilario (Constanzó 1944) se halló uno con fosas individuales y colectivas de adultos y niños. Schobinger (1962-1963) cita otro de Los Ranchillos (departamento Angaco) que cree se puede correlacionar con cerámica Angualasto. Debenedetti habla de un cementerio con sepulturas individuales y colectivas en Villa Nueva pero no aporta mayores datos. Ya nos hemos referido a las informaciones del ingeniero Nicour acerca de la existencia de un cementerio con sepulturas primarias con ajuar, en grandes urnas, situado en la Cordillera sanjuanina. Por último, en Chañar Yaco (Catamarca) Lafone Quevedo halló lo que puede calificarse de cementerio con —como ya hemos dicho— sepultura primaria de adultos y niños en urnas individuales, de la fase Angualasto-Inca.

González dice que las técnicas de la "textilería" [sic] las toma de un estudio inédito de María Delia Millán de Palavecino que se basa especialmente en las evidencias que proporcionan las prendas que acompañaban a la momia de Angualasto (o mejor, de El Colorado). Se cita una doble faz que no se halla en las ilustraciones publicadas por Vignati; además, no se sabe si se alude a la técnica tubular o a los hilos flotantes. Por otra parte, las denominaciones "punto de enlace" y "punto espina" no son designaciones técnicas. La primera, según una publicación de la autora citada (1966), correspondería al punto festón y la segunda sería una "costura de adorno". Según las fotos publicadas por Vignati es evidente que en un poncho se empleó la técnica del tafetán (*plain weave*); también hay bolsitas con faz de trama y técnica de *interlocking*. Un ponchito de la "momia" de Hilario (Constanzó 1944) estaba decorado con hilos de urdimbre desplazados en diagonal. Millán de Palavecino (1954) había citado para Angualasto la técnica del *kelim*, lo cual es un error, y la del felpado (no sabemos si esta técnica habrá sido usada en el casquete de la "momia" porque las ilustraciones de Vignati no permiten apreciarlo). Según las fuentes se emplearon también los colores negro, borra

de vino y varios matices de castaño. Cigliano (1965) cita una tela de lana de vicuña; llama la atención que no se haya documentado el empleo de lana de guanaco, usada bastante frecuentemente en la tejeduría actual del área.

Entre los motivos decorativos de la alfarería Angualasto se cita la anfisbena; nosotros no la hemos visto nunca; en cambio, conocemos las serpientes con cabeza bífida de un vaso de Tudcum (Badano 1938).

En cuanto al material lítico hay que destacar la asociación de utensilios morfológicamente primitivos. Bird (1966) y Menghin (1966) ya se han referido al material de este tipo asociado a industrias de cazadores superiores o de agricultores. Menghin describe instrumentos primitivos de Pachimoco que forman parte del patrimonio cultural agroalfarero; también se hallan en Angualasto, Loma Larga, La Laguna y Los Pozos. En los tres últimos yacimientos hemos recogido utensilios de tipo protolítico, casi todos confeccionados a partir de guijarros de basalto, que incluyen *choppers*, *chopping-tools*, denticulados, perforadores atípicos, raederas, piezas provistas de aristas con grandes dientes entre muescas. Sin duda han formado parte del patrimonio Angualasto; posiblemente gran parte de este material se haya empleado en la preparación de pieles y cueros. Sacchero (1967) cita la presencia de material lítico atípico en El Fuerte (cerca de Niquivil), yacimiento con cerámica Angualasto.

No creemos que la lengua hablada por los pueblos portadores de la cultura Angualasto haya sido el Huarpe. Topónimos sanjuaninos como *Pituil*, *Niquivil*, *Umango*, *Huaco*, *Angaco*, *Tudcum*, *Uspñaco* se repiten en La Rioja (los dos últimos como las variantes *Tudcún* y *Udpinango*); además hay probablemente una decena de morfemas o palabras comunes a ambas toponimias. *Huaco* y *Pituil* también son topónimos de Catamarca. Ello permite descartar su filiación huarpe y es un argumento en favor de la posesión de una lengua común o, por lo menos, de dialectos de una misma lengua. También algunos antropónimos indígenas de San Juan fueron conocidos en La Rioja y Catamarca.

Según la famosa carta del P. Barzana (1594) el Cacán era hablado por todos los pueblos de la Nueva Rioja, en el valle de Famatina y en el de Catamarca. Los papeles de los archivos (Espejo 1954) hablan en 1619 de indígenas Yacampis del río Bermejo "en términos de San Juan"; también citan en 1598 (Canals Frau 1946) a un cacique "capaya yacampis" en el valle de Angacau (Jáchal). Es bien sabido que para Lozano la lengua Yacampis era un Cacán "corrupto". Por otra parte, los documentos citan en 1635 indígenas Capayanes naturales de Valle Fértil (Espejo 1954) y no es clara la filiación de su lengua. Según un documento de 1591 (Canals Frau 1946) un indígena necesitaba un intérprete para el Capayán y otro para el Yacampis; además, en una información de 1594 (Cabrera 1917) había indígenas Capayanes que utilizaban un intérprete para la "lengua capayana" y otro para el Cacán. Sin embargo, no nos parece un argumento decisivo; conocemos hablantes de español que no comprenden portugués a pesar de ser lenguas íntimamente relacionadas. Cacán y Capayán pudieron haber sido lenguas o dialectos afines y plantear mayores problemas a intérpretes indígenas analfabetos o semianalfabetos como los que actuaban en las informaciones. Además, el nombre de uno

de los Capayanes era Cilpitoela, conocido entre los Diaguitas y Calchaquíes. Por todo lo expresado sospechamos que los portadores de la cultura Angualasto pudieron haber hablado Cacán. Sea lo que fuere, la cultura Angualasto se manifiesta como una facies de la gran cultura Diaguita.

González habla de una cerámica *Hualfín* como de un estilo distinto pero con similitud al Angualasto. Serrano (1952 y 1958) consideró a esa misma alfarería como el tipo *Villavil dibujos negros* y dentro del estilo *Angualasto*. Nosotros compartimos la opinión de Serrano y la clasificamos como una simple variante del estilo Angualasto, presente no sólo en Catamarca sino también en La Rioja. También existen formas de transición entre los tipos polares.

González (1963) ubica a las culturas Hualfín y San José en el período medio. Esta presunta cultura Hualfín tendría como único rasgo distintivo la cerámica, por lo cual debemos incorporarla a la cultura Angualasto. Posiblemente en la provincia de Catamarca sea más antigua y de allí se haya desplazado hacia el sur, como piensa González; tal ha sido la dirección de la mayoría de las corrientes culturales en nuestro país.

Es interesante destacar que en la cerámica Angualasto de Catamarca se han hallado labios plegados hacia afuera (como también en la San José), algunas representaciones antropomórficas en relieve con ojos cerrados oblicuos (como en San José, mientras en San Juan siempre hemos visto ojos cerrados horizontales); también proceden de Catamarca urnas estilo Angualasto con representaciones antropomórficas en relieve provistas de brazos arciformes (ya conocidos en la cerámica temprana de Pampa Grande).

Cigliano (1966) publicó un discutido fechado de los tejidos que cubrían a un cráneo trofeo sepultado en una urna Angualasto de Catamarca, el cual dio 490 ± 90 D.C. (o sea, en el período temprano). Creemos, después del fechado de la cerámica Hualfín publicado por González y citado más arriba, que se puede aceptar el comienzo de la cultura Angualasto en el período medio (medio final quizás en San Juan) aunque varios de los motivos decorativos en relieve de su cerámica tienen sus antecedentes más remotos en el período temprano, en La Candelaria, lo cual puede ser un indicio de la vía de llegada de viejas influencias culturales que también se rastrean en las culturas Sunchitúyoj y Averías de Santiago del Estero.

La bibliografía existente permite presentar un cuadro bastante detallado de la cultura *Angualasto*; el estudio de las colecciones Debenedetti y Márquez Miranda (ésta inédita) aclarará sin duda algunos problemas contextuales y cronológicos. En 1961 solicitamos autorización al entonces Director del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, D. Enrique Palavecino, para revisar la colección Debenedetti pero, debido a que en esa ocasión la estaba estudiando otra persona, no pudo acceder a nuestra solicitud; esperamos con interés los resultados de dicho estudio.

El análisis de los trabajos publicados y nuestras propias observaciones de campo no llevan a estructurar el siguiente cuadro patrimonial, que da una visión limitada de la cultura pues se basa en los testimonios materiales.

Asentamiento: El típico es en terrenos aluviales de valles fluviales. Puede alcanzar gran extensión, a veces más de cincuenta hectáreas. Construcciones de tapia de tipo semiconglomerado laxo con habitaciones (las más características son cuadrangulares con ángulos redondeados y corredor de entrada), corrales y graneros semisubterráneos. Probablemente construcciones accesorias de quincha.

Economía: Agricultura de riego con canales. Cultivo de maíz, calabazas, quinua (*Chenopodium quinoa* Willd. en La Rioja). Seguramente se complementó con la recolección de frutos silvestres y la caza de animales salvajes (guanaco y avestruz ante todo). Ganadería de la llama. Utilización de hornos semisubterráneos. Sin duda se practicó el trueque como lo demuestra la presencia de elementos foráneos: conchas del Pacífico y de ríos chilenos; utilización de lana de alpaca.

Funebría: Cementerios de niños en urnas (La Rioja, Boman 1927-1932). Sepultura individual de niños dentro o cerca de las viviendas. Sepultura directa o en urnas de niños en enterratorios colectivos con adultos. Excepcional sepultura de un niño en fosa con cámara lateral o en un recinto cuadrangular formado por la prolongación de la tapia del corredor de entrada de una vivienda. Los cuerpos se hallan cubiertos por pucos o por cesta y puco; también en urnas tapadas con pucos, urnas, tiestos, piedras o gramíneas; en pucos que, a su vez, pueden estar cubiertos por otro puco; envueltos en haces de paja; cubiertos por piedras. No tienen ajuar o se halla uno reducido. Se han hallado objetos tan diversos como: vasos de alfarería, tiestos decorados, disco de tiesto recortado, calabazas, cestas, tejidos, fragmentos de pipa, semillas de quinua, trozos de goma de algarrobo o brea, huesos de ave pequeña, media pelvis de alpaca adulta, cuentas de collar, placa de oro, pedacitos de carbón, trozos de madera medio carbonizados.

Los adultos se han hallado fuera del área de construcciones, cerca de las habitaciones, entre ellas y, excepcionalmente, en la esquina de una vivienda. Las sepulturas son individuales o colectivas (incluso con niños). Son fosas simples; fosas elípticas con cadáver entre dos capas de piedras; fosa con palos inclinados que sostienen grandes piedras en los costados y cubierta con palos horizontales; pozos cubiertos por una laja (?); fosa con cámara lateral con el cadáver cubierto por ramas, pastos y grandes piedras; una especie de nicho cuadrilongo "tapiado"; un cadáver envuelto en un manto de "greda" consolidado. También se han hallado sepulturas en cuevas (con la entrada parcialmente cerrada con pirca en Catamarca). Los cuerpos de los adultos se hallan en decúbito dorsal (rara vez con los miembros inferiores semiflexionados) o en decúbito lateral, derecho o izquierdo, con miembros flexionados (a veces con sólo un brazo extendido). También se conoce sepultura en grandes urnas (no se conocen bien sus características pero en algún caso parece ser primaria); asimismo hay sepultura de cráneos en urna (en La Rioja y Catamarca; un caso bien documentado es un cráneo trofeo). Se han descrito algunos pocos cementerios: con sepulturas individuales y colectivas (de adultos con niños); con recintos circulares rodeados por empalizadas de ramas en los que había sepulturas colectivas con esqueletos revueltos sin cráneo; también los habría

con grandes urnas en las que se sepultaba en cuclillas. Un caso excepcional de un adulto en un cementerio de parvulos (La Rioja). No tienen ajuar o es escaso. La lista de objetos que lo han constituido es muy variada: alfarería, tiestos, vestimenta tejida, calzado, tocado, bolsitas tejidas, lana hilada, cestas, calabazas (algunas pirograbadas, con tapa y vara axial), aros de cobre, láminas de bronce, pulseras de cobre, pectoral de oro, manopla de metal, pulsera de hueso, bolsitas de cuero, adornos cefálicos de hueso, puntas de flecha de hueso, tupus o espátulas de hueso (algunos incisos o con tallas), trompeta de tubo de hueso, valvas de moluscos del Pacífico, collar de cuentas de concha, collar de cuentas de malaquita, brocha o peine de espinas, brocha de raíces para cabello, tubos de hueso y madera (algunos tallados) con espinas, tubo de caña, alfileres de madera, palitos rectos con orificios e incisiones, palitos arqueados, varillas agujereadas, palito tallado con una espina de cardón inserta en un extremo, cabo de madera (posiblemente para hacha), escudo insignia de madera tallada con mosaico de piedra, arcos, flechas, puntas de flecha de piedra, tubos de piedra naturales con trabajo, piedra con perforación central, piedra pulida con forma de abanico, "amuletos" de piedra agujereados, dientes de llama, cáscaras de huevos de avestruz, huesos de animales, mazorcas de maíz, semillas de piquillín (*Condalia* sp), trozos de totora y de tallos de cactáceas, plumas, cráneos humanos (en una tumba del período tardío o tal vez Inca). La lista podría sin duda agrandarse revisando las colecciones debidamente documentadas.

Cerámica: La característica es la cerámica pintada que Bregante (1926) denominó *tipo Jáchal*, llamada más tarde *Sanagasta* (Serrano), *Angualasto* (Palavecino) y *Jáchal Black-on-Red* (Bennett). Posee una pasta con varios matices de ocre, gris, rojo, pardo y sus combinaciones. A veces el centro es ocre o gris y las capas superficiales más rojizas. La superficie de fractura no es homogénea, el grano a veces varía de grueso a mediano con algunas pequeñas áreas de grano fino; otras veces varía de mediano a fino con algunos granos ralos gruesos. El espesor de las paredes varía entre 4 y 10 mm. Es interesante señalar que en la confección actual de la cerámica en el área de Iglesia se emplea como antiplástico arena y ceniza de *tuturaco* (fruto de la totora); ello podría quizás interpretarse etnológicamente como la difusión de un rasgo amazónico (antiplástico de cenizas). La decoración es pintada en *negro* (a veces en sepia, pardusco o violáceo) o en *negro y rojo*. El fondo es de color natural o posee una delgada capa de pintura de otro color, que puede ser espesa e incluso brillante y entonces tiene toda la apariencia de un engobe (no tenemos conocimiento de que se hayan hecho determinaciones técnicas al respecto). Esta pintura o engobe es de color crema, ocre claro, ocre grisáceo, ocre rojizo, salmón o rojizo.

Los motivos decorativos pintados son esencialmente geométricos (líneas onduladas, bandas con bordes festoneados o escalonados, triángulos, triángulos con volutas, reticulados, ajedrezados, zig zags y muchos otros); se hallan dispuestos en campos o sectores. También conoce algún motivo figurativo, como la serpiente de cabeza bipartida, la representación de camélidos (con 4 patas, cola y orejas en un tiesto Angualasto de Iglesia, aunque éste podría ser de la

fase Angualasto-Inca) y la cara humana. Es interesante que varios de estos motivos recurren en la cerámica Sunchitúyoj, Averías, Belén, Santa María, Famabalasto y otras geográficamente más alejadas.

Una técnica decorativa que también se emplea junto con la pintura son los adornos en relieve. Los más interesantes son las caras humanas, colocadas generalmente junto al borde del vaso aunque también se las ve en el cuello de grandes urnas. Tiestos de estos vasos han sido confundidos con cerámica Belén por varios autores pero se trata sin ninguna duda de alfarería Angualasto. Poseen arcos superciliares que a veces se prolongan contorneando toda la cara, nariz recta, ojos horizontales cerrados con hendidura palpebral horizontal. La nariz a veces tiene narinas incisas. Los ojos pueden tener la hendidura palpebral arciforme u oblicua y, en casos excepcionales, estar abiertos. Puede haber una boca circular, en forma de asterisco o de grano de café y también orejas. Las mejillas pueden tener decoración pintada o incisiones. También puede haber representación en relieve de los brazos y manos (Catamarca). Este motivo decorativo antropomorfo en relieve es un rasgo arcaico con antecedentes en La Candelaria y que recurre en varios estilos de los períodos medio, tardío e Inca.

También son frecuentes las aplicaciones en relieve en forma de pitones, de arcos lisos o incisos, de ondulaciones con punciones o incisiones, de vulvas y otros tipos que tienen sus antecedentes en el período temprano (La Candelaria). Se ven también bordes con ensanchamientos de superficie plana provista de incisiones y con hundimientos digitales en forma de casquete de esfera que hacen relieve del lado interior. Una taza poseía el asa con la representación de un cuadrúpedo.

Entre las formas más frecuentes se hallan vasos de cuerpo subglobular y base pequeña con boca ancha (campaniforme) o más estrecha, con cuello apenas esbozado o marcado y largo, troncocónico o cilíndrico. Predominan los bordes expandidos; también se hallan labios plegados hacia afuera (especialmente en Catamarca). Asimismo son frecuentes los pucos subhemisféricos o en forma aproximada de casquete de esfera, algunos con boca constreñida; también se hallan tazas troncocónicas o subglobulares.

Ya hemos dicho que el tipo Villavil de Serrano y el estilo Hualfín de González para nosotros integran el estilo Angualasto.

Además, existen algunos tipos raros de cerámica con decoración *rojo sobre ocre y blanco grisáceo sobre negro*. También se halla cerámica *Angualasto con impresión de cestería* espiral en la superficie exterior y con decoración pintada en la interior.

Por otra parte, existe una *cerámica tosca* ocre, rojiza, grisácea y negra, sin decoración pintada. Las formas son ollas, pucos, tazas, vasos de simetría bilateral ("calceiformes"). Aquí habría que incluir el estilo denominado *Plain Urn* por Bennett, constituido por urnas negras con pasta provista de numerosas partículas de mica, subglobulares, de fondo redondeado o cónico redondeado.

Es indudable que con el progreso de las investigaciones será posible dia-cronizar estos tipos cerámicos.

Otros objetos de alfarería comprenden torteras hechas con tiestos, figurinas de camélidos, crisoles, moldes para discos, discos hechos con tiestos, tubos de flautas de Pan.

Tejidos y trenzados: Camisas (uncus), ponchos, bolsitas, casquete de malla, tejidos indeterminados; cinturón, faja, cordones, honda. *Técnicas:* faz de urdimbre, hilos de urdimbre desplazados en diagonal, *plain weave*, faz de trama (con *interlocking*), malla, trenzado plano y rollizo, torcido; a ello hay que agregar, con beneficio de inventario, la técnica de doble faz, de felpado y el teñido con técnica de ikat. Los colores empleados son negro, blanco, rojo, granate, verde, azul y varios matices de castaño. Se emplearon fibras vegetales y lanas de camélidos (vicuña, llama, alpaca y seguramente guanaco).

Cestería: La única técnica documentada es la espiral. El material empleado es el simbol (*Pennisetum rigidum* Gr. o *Pennisetum nervosum* Mees.), el sauce o mimbre (*Salix* sp), el junco, una gramínea del género *Sporobolus*. En un ejemplar las espiras estaban unidas por fibras de una bromeliácea; algunas cestas estaban decoradas con mechones de lana, teñida o con paja de otro color.

Piedra: Puntas de flecha triangulares isósceles sin pedúnculo. con bordes rectos o ligeramente convexos y con base recta, ligeramente convexa o cóncava. También hay con pedúnculo mamelonado o rectangular. Perforadores, sierras, cuchillos, yunques, hachas con cuello y sin cuello. Conanas cóncavas según dos ejes perpendiculares (o sea, con mano más corta que el ancho de la solera); manos de conanas. Morteros y sus manos. Moletas con extremo activo subhemisférico. Morteritos de 5 a 7 cm. de longitud. Palas (o quizás azadas) cuadrangulares (Iribarren Charlin 1952). Pequeñas figurinas con perforación central y representación de camélidos. Bolas sin surco (de honda y de boleadora). Piedras con agujero de suspensión ("amuletos"). Collar de cuentas de malaquita. Cuentas de collar. Mosaico policromo de cuentas de malaquita y turquesa y placas de feldespató sobre madera tallada (escudo ceremonial para González). Mosaico en petos de cuero (Iribarren Charlin 1958). Torteras. Tubos naturales alisados y con orificio agrandado. Piedra pulida en forma de abanico (espejo para Pelleschi 1881). Material de tipología primitiva (generalmente a partir de guijarros de basalto); *choppers*, *chopping-tools*, denticulados, perforadores atípicos, raederas, piezas provistas de aristas con grandes dientes y muescas.

Piel y cuero: Pulseras de cuero crudo calado. Tobilleras o perneras de piel. Ojotas de doble plantilla (algunas con incisiones y pintadas de rojo). Bolsitas de piel y cuero. Máscaras de cuero (Aguilar 1900). Petos de cuero con mosaico de piedras de colores (Iribarren Charlin 1958).

Madera: Tubos de madera, algunos con tallas antropomorfas y zoomorfas, que contienen espinas. Calabazas (*Lagenaria vulgaris* Seringe) seccionadas, simples y pirograbadas, algunas con tapas y vara axial. Peine o brocha de espinas. Tupus u objetos de adorno con tallas geométricas. Torteras grabadas. Tableta para alucinógenos con tallas antropomorfas. Escudo insignia tallado con mosaico de piedras. Arcos y astiles de flechas. Cabo con ranura para enmangar probablemente una hoja de hacha. Utensilios de función desconocida

que incluyen palitos rectos con agujeros e incisiones, palitos arqueados, varillas agujereadas, palo con tallas y una espina de cardón insertada en un extremo. Quizás haya que agregar maracas de calabazas y trompetas con pabellón de calabaza y boquilla de hueso. Otro elemento de origen vegetal son las brochas de raíces.

Pluma: Un atado de plumas separaba una urna de los pucos que la tapaban. Aguiar halló un taparrabo de plumas de avestruz en grutas cercanas a Rodeo (San Juan). Adorno de plumas en un casquete de lana.

Concha: Valvas, discos perforados, placas perforadas. Varias especies de moluscos se han identificado en San Juan: *Concholepas concholepas* Bruguière, gastrópodo marino de Chile y Perú; *Pecten purpuratus* Lamarck, bivalvo del Pacífico de Perú a Coquimbo; *Mytilus chorus* Mol., bivalvo marino de Perú a Magallanes y Tierra del Fuego; *Semele solida* Gray, bivalvo marino de Chile y Perú. En el valle de Calingasta se halló *Turritella cingulata* Sowerby, gastrópodo marino de Perú, norte y centro de Chile; nosotros recogimos en la Loma Larga (Iglesia) arandelas para collar muy pulidas probablemente de la misma especie, según determinación de la Dra. Elena Martínez Fontes, del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia". También se ha hallado *Diplodon aff. Frenzelii-Ihering*, bivalvo de agua dulce de Chile y N. de Patagonia. Además, en un vaso de Fuerte del Pantano (La Rioja) se encontró un pectoral de valva de *Spondylus crassisquama* Lamarck, bivalvo marino de Panamá a Guayaquil; quizás haya que asignarlo también a la cultura Angualasto.

Por nuestra parte, podemos alargar la lista con hallazgos que también han sido clasificados por la Dra. Martínez Fontes, cuya amable e importante colaboración agradecemos. Una placa más o menos romboidal con ejes de 12 y 10.5 mm y perforación en reloj de arena, probablemente elaborada con una valva de *Tellina* de una especie del Pacífico, procede de Los Pozos (Iglesia). En la Loma Larga (Iglesia) hemos recogido valvas probablemente de *Chilina fluviatilis* Gray, gastrópodo de agua dulce de Chile, y una valva probablemente de *Chilina patagonica* Sowerby, gastrópodo propio de los ríos patagónicos.

Es importante destacar el contacto transcordillerano, no sólo señalado por los moluscos del Pacífico sino también, por algunos fluviales. No debe extrañar el hallazgo de un probable gastrópodo patagónico pues todos los ríos de San Juan al O. de las sierras de Valle Fértil y de la Huerta pertenecen al sistema del Desaguadero, que en una época no muy lejana se comunicaba con el río Colorado por intermedio del Chadí-leufú y el Curacó. Esta vía fluvial sin duda posibilitó la difusión de ciertos rasgos culturales del Noroeste a la Patagonia y viceversa. Para Martínez Soler (1958-1959) la presencia de *Diplodon* en San Juan indicaría la existencia de una metástasis de la "cultura costanera de Coquimbo" y los collares de cuentas de valvas de moluscos de 3 a 10 mm de diámetro pueden relacionarse con adornos de la región chaqueña y amazónica.

En cuanto a algunos usos especiales de valvas de moluscos marinos recordamos que Moreno (1890-1891) comunicó el hallazgo de una colocada sobre el pubis del cadáver de una mujer en San Juan. Una documentación etnológica

actual muy interesante es la debida a Nachtigall (1966) quien vio en 1962 en la Puna de Moquegua (Perú) su empleo en la señalada de las llamas como recipientes para el "santa tako" (polvo de óxido férrico), que se echa sobre las llamas o forma parte de la composición de las *irantas* que se queman en honor de la Pachamama o de los cerros sagrados (según las fotos probablemente se trata de valvas de *Pecten*). Ya había sido señalado el probable empleo como recipiente de algunas valvas de *Pecten* halladas en el Noroeste que presentan desgastes artificiales.

Hueso: Puntas de flecha con base escotada. Punzones. Tupus o espátulas con decoración grabada (forma de cortapapeles). Torteras simples y con decoración grabada. Tubos (¿boquillas de trompetas?); tubos simples y con tallas geométricas que contienen espinas. Adornos cefálicos (?). Trompeta (?).

Metal: Bronce: Pinzas para depilar, punzones, placas, cinceles, manoplas, campanas plegadas, gran disco con dos serpientes grabadas de cabeza bipartida y óvalos con punto en el cuerpo; probablemente, hachas con aletas. **Cobre:** Cinceles, manoplas, pendientes (algunos espiralados), pulsera arqueada, disco con asa (¿será espejo Inca?), alambre, láminas que cubren brazos y piernas de un cadáver (?). **Oro:** placa con borde ondulado, pectoral, pendiente repujado y con espirales.

Deformación craneana: Gran frecuencia de la deformación tabular y tabular erecta. Ya hemos dado más arriba las cifras de Constanzó para Angualasto; aquí añadiremos que de los 31 cráneos de San Juan de la expedición Debenedetti, procedentes de Barrealito, Calingasta y Angualasto, 7 tenían deformación tabular erecta (en 6 acompañada por plagiocefalia), 14 eran deformados tabulares (6 de ellos con plagiocefalia), 2 tenían solo plagiocefalia y uno era deformado circular oblicuo con plagiocefalia (Constanzó 1942). En el cuadro que incluye esta autora, en cambio, figuran 10 tabulares erectos, 10 tabulares y 1 anular. La deformación circular oblicua para Imbelloni (1924-1925) puede asignarse a individuos "alófilos". El hecho de hallarse en la serie dos cráneos de Calingasta y ambos con deformación tabular erecta podría sugerir la presencia de este hábito ya en la cultura temprana Calingasta.

Trepanación craneana: Un cráneo de una sepultura posiblemente Angualasto estaba trepanado (Aguiar 1900).

El hallazgo de cerámica *Coquimbo* (Diaguita chilena) en varios yacimientos sanjuaninos plantea el problema de la antigüedad de tales contactos, indudables en el período Inca.

Iribarren Charlin (1952) cita tiestos de la *fase intermedia* en Los Pozos; nosotros hemos hallado en varios sitios tiestos con decoración de la *etapa clásica* de Cornely pero esta decoración persiste en la *etapa de influencia incásica* y el diagnóstico diferencial se realiza a base de la forma del vaso (cosa imposible en nuestro caso). Por otra parte, hay formas clásicas que persistieron por lo menos en parte del período Inca. A pesar de todo, se puede aceptar la existencia de contactos en el período tardío pues son varias las similitudes entre el patrimonio de Coquimbo y Angualasto, sobre todo en los objetos de hueso, madera y metal.

Otro problema interesante es el planteado por el hallazgo en la Loma Larga (Iglesia) de parte de un vaso subglobular que abarca aproximadamente un tercio de su circunferencia. Debió tener una altura de más o menos 8.5-9 cm y un diámetro máximo aproximado de 9 cm; posee un cuello más estrecho con boca de unos 7 cm de diámetro y labios evertidos. Las paredes son de 4 mm de espesor; muy alisada la superficie interior y pulida la exterior. La pasta es de grano fino con algunos granos medianos, de color ocre rojizo. La decoración exterior es geométrica de color granate y se dispone en una banda de 4 cm de ancho limitada por líneas horizontales; consiste en triángulos opuestos que poseen una línea ondulada y un área rellena. La decoración interior es una banda granate que bordea la boca. Seguramente poseyó un asa pues responde al estilo de los jarritos tipo *Viluco*, descritos para el territorio mendocino (Boman 1920, Torres 1923, Métraux 1929, Canals Frau 1942, Rusconi 1962) y atribuidos especialmente a los Huarpes o a los Tunuyanes. Es el ejemplar más septentrional que conocemos.

Si bien en Viluco (San Carlos, Mendoza) también se han hallado materiales indudablemente araucanos y españoles no se ha determinado su estratigrafía ni se conoce el contexto de cada tumba por separado. En cambio, en Godoy Cruz (Mendoza) los hallazgos se habrían hecho a 1.50 m de profundidad en terreno no removido (Rusconi 1962), lo cual señalaría una relativa antigüedad. Además, por razones tipológicas se puede aceptar que existieron durante un apreciable período temporal. Por otra parte, la forma de jarrito de fondo convexo y asa que nace del borde, sin decoración, se conoce ya en el período temprano.

Formas de jarritos son frecuentes en Chile y Neuquén, aunque con distinta decoración; por ello creemos que sin un estudio previo no puede descartarse a los paleo y nearaucaños o algún pueblo araucanizado en la difusión de los jarritos del área cuyana. La aparición de los jarritos subglobulares tipo Viluco podría quizás remontarse a comienzos del período tardío pero el desarrollo de sus diversos subtipos podría haber llegado hasta tiempos históricos. En el caso de San Juan nos inclinamos a una ubicación tardía final y posterior. Lo mismo podría suceder con los "timbales" hallados en el área cuyana, algunas de cuyas formas con asa parecen imitaciones de los jarros de plata coloniales y algunos de cuyos motivos decorativos pintados son conocidos por los araucanos.

El último período de la secuencia de González se el *Angualasto-Inca*. Dice el autor que en cierto momento de la segunda mitad del siglo XV D.C., al penetrar los Incas al Noroeste argentino y a Chile, también debieron llegar a la provincia de San Juan. Acepta como fecha aproximada de tal acontecimiento el año 1480 D.C. aunque aclara que quizás pudo ser algo anterior.

De los abundantes vestigios de la influencia incaica dice que solamente señalará algunos rasgos básicos. Así es que cita los restos de alfarería, los caminos, ciertos hallazgos de altura y "algunas construcciones colocadas estratégicamente".

No ve muy claro González el tipo arquitectónico 'que acompaña a la ocu-

pación incaica y piensa que varió en los distintos lugares. Se refiere a “grandes construcciones de adobe, amontonamientos de tierra, viviendas de barro” de Barrealito (Debenedetti habla de raros vestigios de viviendas, pequeños y aislados amontonamientos de tierra consolidada, edificios de barro, montones de tierra blanquecina, amasada y fuertemente endurecida), donde existe “un asentamiento incaico”, e insiste en que no se sabe si el uso de la tapia en gran escala, como en Barrealito, Angualasto y quizás Pachimoco, fue impuesto por los Incas.

Muy rápidamente habla de los hallazgos de Debenedetti en Barreal y Barrealito (margen izquierda del río Calingasta) destacando los restos de alfarería de influencia incaica. Al pasar, cita el gran tambo incaico de Paso del Lámar, reestudiado recientemente por Schobinger, y el importante hallazgo del probable sacrificio humano en la cumbre del cerro El Toro, también estudiado por Schobinger y colaboradores (1966).

Nosotros adoptamos como fecha de la iniciación del *período Inca* en San Juan el año 1473 D.C. que es el dado por Cabello de Balboa en su *Miscelánea Antártica* para la llegada de Túpac Inca Yupanqui a Coquimbo y Chile.

Creemos necesario establecer una distinción entre las instalaciones introducidas por los Incas para servir a su sistema de comunicación (los tambos en sentido amplio) o al culto imperial y los poblados agrícolas que pueden mostrar elementos incaicos, por haber existido durante el período Inca, pero cuyas funciones evidentemente no están subordinadas a la organización incaica.

Si hacemos tal distinción no hay ninguna duda de que las construcciones introducidas por los Incas son de piedra. Hasta el momento se conocen en San Juan, sobre todo por las exploraciones de Schobinger y colaboradores, más de veinte tambos incaicos, muchos en plena Cordillera, y sin excepción son de piedra, sin mortero o con mortero de barro y guijarros, y en algún caso con revoque de barro. Este hecho nos parece fundamental para interpretar el resto de las construcciones de San Juan pues se da el caso de que en sitios fisiográficamente semejantes existen, por una parte, construcciones de piedra y, por otra, de tapia o material deleznable.

Según nuestra interpretación, los asentamientos con construcciones de tapia que poseen algunos restos culturales incaicos asociados a restos Angualasto han llegado hasta la fase Angualasto-Inca de la cultura Angualasto; los asentamientos de piedra de tipo semiconglomerado y algunas construcciones simples en relación con restos incaicos o con el sistema vial incaico se deben atribuir a los Incas. Por supuesto que un círculo de piedra aislado que se halle en la zona de influencia incaica y no esté asociado a ningún rasgo incaico no puede tomarse en cuenta.

En varias de las ruinas de piedra que consideramos incaicas, además de la cerámica incaica, se hallan tiestos Coquimbo (lo cual indicaría la presencia de mitimaes) y algunos pocos tiestos Angualasto (lo cual señalaría algún tipo de relación con la cultura Angualasto o la presencia de algún servidor perteneciente a la misma). Nos inclinamos a considerar las ruinas de Barrealito en la margen derecha del río Calingasta como un asentamiento incaico a pesar de

que Debenedetti no halló cerámica incaica; en cambio, las ruinas de material deleznable de la margen izquierda para nosotros serían Angualasto-Inca.

Durante la *fase Angualasto-Inca* continuó el tipo de asentamiento descrito para la cultura Angualasto. Lo mismo ocurrió sin duda con la economía.

La funebria parece haber conservado muchos rasgos iguales pues los tipos registrados en enterratorios que pueden considerarse de esta fase comprenden: inhumación directa de niños sin ajuar o con alfarería; inhumación de niños en platos y urnas; inhumación colectiva de niños con adultos, sin ajuar o con él; vasos inclinados hacia la cara del muerto. Sepultura de adultos en cuevas con troncos en la boca de entrada; sepultura directa de adultos en fosa elíptica; sepulturas colectivas en fosa elíptica de cadáveres superpuestos; paquete funerario envuelto con una red de junco o totora, posición de decúbito dorsal o de decúbito lateral flexionado; cementerio de adultos y niños en urnas tapadas con grandes vasos o pucos (Catamarca). Entierros sin ajuar o con ajuar variado que comprende cerámica, cestas de paja (alguna pintada), vasos y cucharas de madera, calabazas pirograbadas, vasos volcados hacia el muerto, tejidos, loro con alma de palo y mosaico de cuentas de malaquita; probablemente haya que incluir la colocación de rodados sobre la cabeza, círculos de estacas alrededor del cráneo y cráneos humanos colocados a los pies.

La cerámica comprende tipos toscos ocre y negros sin decoración, vasos de estilo Angualasto, vasos de estilo Coquimbo (jarros-patos, vasos con decoración zoomórfica, pucos); aparece la cerámica incaica con sus derivados locales (numerosos aribaloides; platos-patos, jarras). La decoración de la cerámica incaica es geométrica en negro sobre engobe brillante marrón rojizo, morado, ante u ocre rojizo; también en negro y marrón rojizo sobre ocre; asimismo se presenta la figura antropomorfa estilizada en el cuello de grandes vasos, seguramente aribaloides como el de Andalgala publicado por Outes (1907, lámina III, figura 1).

Además de los objetos citados en el ajuar funerario se pueden incluir "silbatos" de madera y alfarería, torteras de hueso y piedra, bolas, campanillas de bronce plegadas.

Esta corta lista procede de las pocas asociaciones publicadas; seguramente con el progreso de los estudios de campo se podrá agregar la mayor parte del patrimonio Angualasto y otros materiales incaicos.

Los asentamientos establecidos por la *organización imperial incaica* comprenden construcciones de piedra de distinta función. Algunas son simples puestos o refugios de pirca subelípticos. Otras son asentamientos destinados a las comunicaciones, al abastecimiento y la residencia, como los tambos. Estos constan de estructuras de piedra sin mortero, con mortero de barro y guijarros y, a veces, con revoque de barro; son de tipo semiconglomerado, con unidades simples y compuestas, incluso algún "rectángulo perimetral compuesto" (como en Tocota, por ejemplo). Se hallan habitaciones rectangulares, aisladas o adosadas, algunas se abren a un patio; a veces son habitaciones circulares simples dentro y fuera de recintos. Se pueden agregar corrales cuadrangulares, graneros con un pequeño vano, construcciones circulares en falsa bóveda de función desconocida, algún reducto e incluso escalinatas y sitios cere-

moniales. Ya hemos dicho que se ha descubierto una veintena de tambos solamente en la provincia de San Juan; se puede asegurar que varios otros pasos y valles cordilleranos y precordilleranos deben contar con ruinas similares: la toponimia lo está indicando. Schobinger (1966) ha señalado la semejanza de algunas construcciones incaicas de San Juan con silos y estructuras en falsa bóveda de origen incaico situadas en el área atacameña de Chile.

Otras construcciones incaicas de San Juan son las específicamente ceremoniales, situadas a grandes alturas en los cerros (algunas de las conocidas a más de 6.000 m); consisten en pircas rectangulares o plataformas de piedras asociadas a distintos objetos rituales e incluso probables sacrificios humanos; también se han hallado sendas que llevan a los sitios ceremoniales y apachetas. Además, se citan defensas de piedra para proteger al "Camino del Inca" en los "lechos aluvionales" que la tradición considera obra de los Incas.

El material hallado en estos sitios incaicos de San Juan comprende: Sepultura de un adulto probablemente sacrificado con un ajuar que consiste en vestimenta, ojotas de cuero de guanaco (de doble suela, doble suela reforzada y una suela, con planta color ladrillo), honda, cordón torcido (posiblemente para transporte), una urdimbre amarrada, hilo de lana, trenza con borla, trenzados, fragmentos de tejido, plumas teñidas de color rosado, ramitas, un trozo de madera con punta pulida, un roedor (*Philotis*). Las prendas de vestir eran: taparrabo (huara), faja, manta, camisas (uncus), gorros (con frentera, orejeras y cubrenuca), una media. En el cerro Las Tórtolas (en el límite con Chile) la vestimenta en miniatura de una figurina constaba de una manta ceñida con un cordón, una camisa, un tocado de plumas negras sujeto con un cordel; además, tenía colgada una bolsa para coca. Las fibras empleadas en los tejidos y trenzados eran lana de alpaca, de guanaco, de llama, pelo de vizcacha, cabellos, algodón. Las técnicas usadas fueron faz de urdimbre, faz de trama (*interlocking*), hilos flotantes de urdimbre, trenzado, técnica espiral, malla, torcido, ikat, cardado, bordado. Los colores empleados fueron: blanco, negro, gris, rojo, amarillo, azul, varios matices de castaño.

La cerámica incluye tiestos toscos, ocre y rojizos, sin decoración; cerámica incaica con sus derivados locales (se ha hablado de bordes de aríbalos y fragmentos de cuerpos de aríbalos pero podría tratarse de aribaloides ya que el labio característico y el motivo decorativo de las series de rombos también se hallan en éstos, que son comunes entre el material incaico local; también se hallaron fragmentos de platos); cerámica Coquimbo (muy frecuente en algunos tambos, lo cual sería un índice de la presencia de mitimaes traídos de Chile); muy pocos tiestos Angualasto.

El material lítico hallado en los yacimientos incaicos comprende: conanas, un "mortero" pequeño plano y su mano; puntas de flecha pequeñas triangulares con aletas y base algo escotada con pequeño pedúnculo mamelonado; martillos y hachas rudimentarias.

También se hallaron "bastones" quebrados y un gran atado de leña en una plataforma ceremonial; una figurina de concha marina roja con su vestimenta y una bolsa para coca; una pinza de depilar grabada de bronce.

A medida que progrese la investigación se irá completando el patrimonio

incaico trasplantado a lo que hoy es territorio argentino; cuando se conozca detalladamente la cultura incaica de los otros países andinos será posible establecer relaciones más ajustadas con áreas específicas del Imperio Incaico, así como determinar los tipos derivados locales.

Una construcción característica de este período es el conocido tradicionalmente como Camino del Inca. En un viejo mapa de la provincia de San Juan levantado en 1863 por el ingeniero Enrique Schade, por orden del Gobernador Domingo F. Sarmiento, figura un camino que desde Uspallata (Mendoza) va hasta Iglesia y continúa por Angualasto hasta Vegas de Miranda y La Junta; en el tramo al sud de Barreal se halla la leyenda "Camino de Indios". El problema es que el viejo camino fue transitado también por españoles y criollos y, en muchas partes, se construyó una ruta sobre él. A pesar de ello, entre Iglesia y Villa Nueva es posible ver en varias partes un viejo camino que corre cerca de la ruta y en alguna parte la cruza; tiene entre 2 m y 2.5 m de ancho, carece totalmente de vegetación o sólo posee unos pocos arbustos; en ciertos tramos es totalmente plano, sin huellas de vehículos, y se halla libre de los grandes rodados o bloques que suelen verse dispersos a sus lados; por otra parte, pasa junto a tambos incaicos como los de Tocota (unos 33 km al S de Iglesia), del km 43.5 y el km 45 de la misma ruta. Debenedetti lo siguió en una larga extensión y recogió la denominación "Camino del Inca"; el ingeniero Baca (1960) reconoció otro ramal longitudinal entre Tocota y El Retiro. En los últimos años se descubrieron ramales transversales de comunicación entre ambos lados de la Cordillera; es indudable que la parte norte del departamento Iglesia, hoy muy poco poblada y con escasas vías de comunicación, durante el período Inca poseyó una notable red de comunicaciones atendida por numerosos tambos.

Uno de los muchos problemas por resolver en San Juan es el relacionado con el *arte rupestre*: el relevamiento de petroglifos y pictografías, su diacronización y ubicación cultural, su integración en el panorama histórico-cultural americano y mundial. Se conoce alrededor de medio centenar de yacimientos con petroglifos y pictografías pero los estudios se han ocupado con preferencia en interpretar, en hallar su significado, acudiendo en contadas ocasiones a la comparación con los hechos etnográficos. Esta tarea es muy difícil pues nuestra cultura no comparte necesariamente los símbolos de las culturas indígenas y un carácter esencial de todo símbolo es ser arbitrario. Una vía más práctica y en varios aspectos más objetiva es la seguida por Ana María Lorandi de Giéco (1965) al tomar en cuenta la asociación de motivos en el arte rupestre del Noroeste y compararlos con los elementos decorativos del material cultural cuya filiación es conocida. Aunque sólo se ocupó de culturas agroalfareras y no abordó el estudio de los yacimientos sanjuaninos, creemos identificar en San Juan elementos de sus estilos A (temprano final y medio, 600-1000 D.C.), B (comienzos del tardío, 1000-1300 D.C.) y D (tardío preincaico e Inca, 1300-1500 D.C.). Si recurrimos a la tipología preliminar creada por Menghin (1957) para el arte rupestre patagónico hallamos algunos elementos o motivos de su estilo de escenas (en Patagonia epimiolítico, 8000-2000 A.C.), del estilo de pi-

sadas (en Patagonia epimiolítico con influjos neolíticos; comenzaría en el Patagónico temprano, 2000 A.C.-0, y florecería por lo menos hasta el auge del Patagónico medio, 0-1400 D.C.) y del estilo de símbolos complicados (en Patagonia comenzaría entre el 500 y el 1000 D.C., en el paraneolítico medio). Por otra parte, se han hallado similitudes entre algunos petroglifos sanjuaninos y representaciones del área chilena vecina,

El problema histórico-cultural es muy complicado dada la variedad de culturas, desde paleolíticas hasta irradiaciones de altas culturas, que existieron alguna vez en el hoy suelo sanjuanino.

González recuerda al final de su trabajo que en las llanuras al E de la Precordillera, a la orilla de los cursos de agua y, sobre todo, de las lagunas persistían recolectores y cazadores o agricultores en pequeña escala. Los pueblos de la laguna de Guanacache “quizás representan esta etapa, hasta la conquista europea”.

Agrega el autor que sus balsas y sus hábitos de vida muestran muchas similitudes con “los habitantes del altiplano de similares medios económicos” (creemos que se referirá a los Uru) y que los cuadros cronológicos deben incluirlos.

Es verdad que los *Huarpes* muestran varias semejanzas con los Uru, sobre todo en lo dependiente de su ecología lacustre, pero poseen muchos rasgos de un complejo mestizaje cultural. La caza tenía mayor importancia entre ellos y conocían una cuna transportable como los cazadores superiores; además, poseían elementos comunes también a varias culturas chaqueñas: recolección, en especial, de la algarroba; collares de discos de concha; adornos de plumas de avestruz; incluso, la balsa de totora fue hallada por Palavecino entre los Pilagá; posiblemente emplearon un arco largo, el horno de tierra (también conocido por los Uru), camisas de fibras vegetales (una se halla en el Museo del Instituto de Arqueología y Etnología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo); tal vez hayan conocido el tembetá. Todos estos indicios nos señalan una corriente cultural nada desdeñable en la prehistoria del Gran Noroeste que habría partido de las selvas tropicales (Amazonia) y alcanzó en su difusión hasta Chile y el N de la Patagonia. Recordemos que en Santiago del Estero se han hallado varios rasgos amazónicos (Palavecino 1940) y que los estudios de prehistoria y etnología han revelado la presencia entre los araucanos o pueblos araucanizados de la pipa, el hacha cilíndrica, las flechas envenenadas, el envenenamiento de las aguas para pescar, la nasa, la pesca con cerco de ramas, el canibalismo con ingestión ritual del corazón y la elaboración de flautas con los huesos largos de los prisioneros, la maraca, las empalizadas, la roza y algún otro elemento de filiación amazónica (es curiosa la presencia de un rallador de madera para manzanas en Neuquén).

González resume la secuencia arqueológica analizada en un cuadro cronológico que supera en mucho a sus anteriores ensayos (1950, 1956, 1960, 1963). Piénsese que en 1963 sólo daba para La Rioja y San Juan la secuencia: Ciénaga, Aguada y Sanagastá; en cambio, en 1950, la secuencia era: Ayampitín,

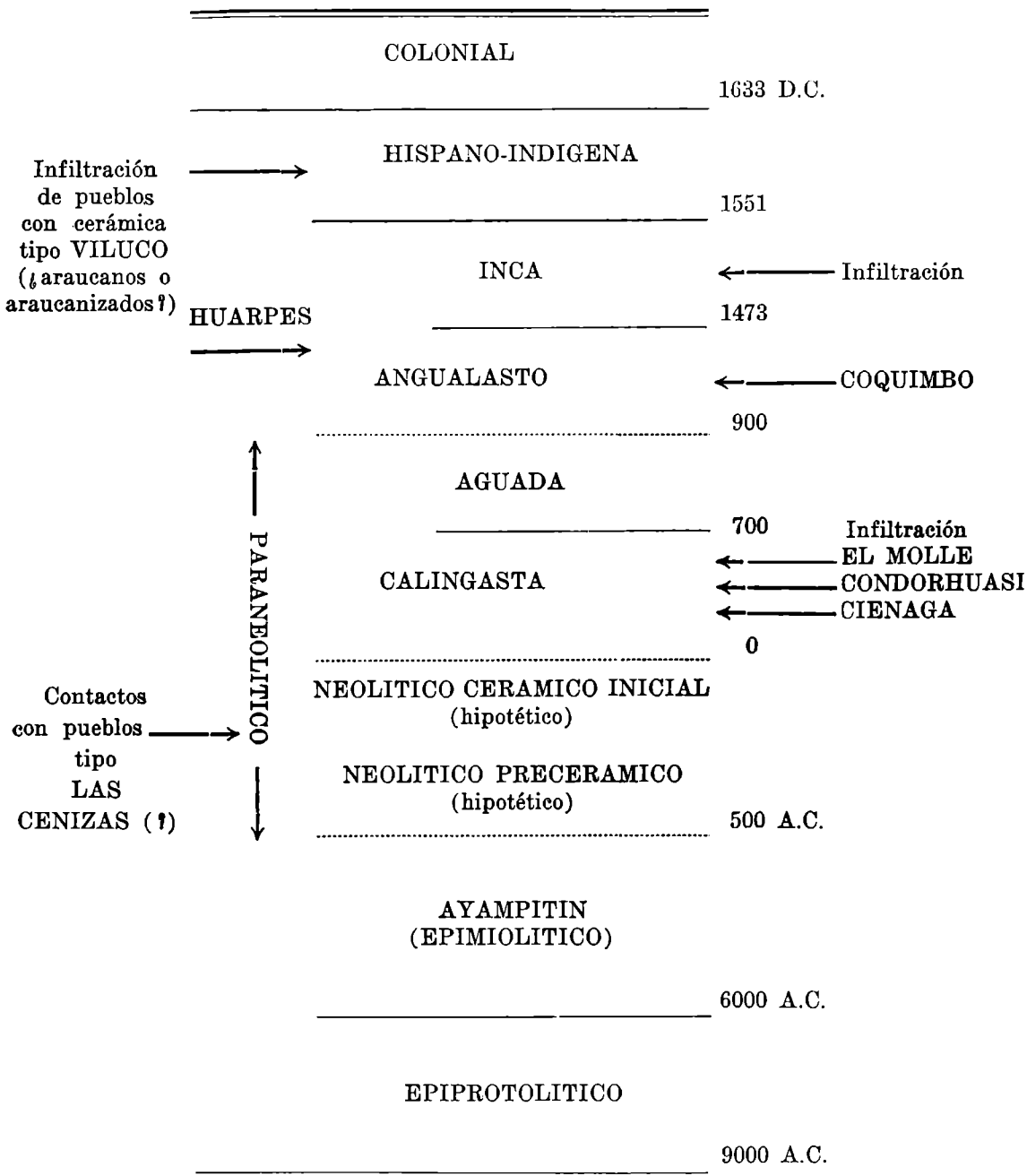
Aguada, Ciénaga, Sanagasta, Inca y Colonial. Como ya hemos dicho, en este artículo sigue la columna estratigráfica presentada por Berberían y Calandra, y por Sacchero (1967). Decimos que la sigue porque el trabajo comentado fue publicado después; además, es cronológicamente anterior la comunicación aún inédita de los tres autores arriba citados presentada al Congreso Internacional de Americanistas de 1966.

En síntesis, en la segunda parte de su trabajo González nos brinda una apretada y muy necesitada puesta al día de la arqueología de San Juan mediante la reinterpretación de gran parte del material publicado, apoyado en la estratigrafía de El Peñoncito y “una corta visita de recorrida por yacimientos sanjuaninos”.

Nosotros, de acuerdo con nuestra interpretación de los materiales publicados, elaboramos el cuadro aquí incluido, que muestra algunas divergencias de detalle con la interpretación de González. En él figura también un *período hispano-indígena* (1551-1633) que abarca desde el primer contacto del conquistador, expedición de Francisco de Villagra, con los indígenas sanjuaninos hasta el sofocamiento del Gran Alzamiento en el área cuyana por Juan de Adaro y Arrazola. Luego comienza el *período colonial*.

En resumen, la provincia de San Juan en sus zonas más estudiadas se ubica sin ninguna duda en el área *Noroeste*. Posee una prehistoria que, en sus rasgos esenciales, desde los cazadores inferiores al horizonte Inca, es común a casi toda dicha área e incluso a una parte del territorio chileno. La arqueología sanjuanina se halla sólo en sus comienzos; todos sus períodos deben ser profundizados y subdivididos en fases; además, es necesario aclarar la historia cultural de los pueblos paleolíticos, paraneolíticos y neolíticos incipientes que fueron espectadores marginales de la andinización del Noroeste.

NOTA: No se incluyen los asientos bibliográficos pues en su casi totalidad figuran en el artículo de González reseñado, en Schobinger 1966 (en él citado) o en la clásica obra de Bennett y colaboradores.



CRONOLOGIA DE SAN JUAN

Buenos Aires, mayo de 1968